

Fundación Juan March

poética y POESÍA

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS

Madrid MMVIII



Juan Antonio González-Iglesias

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMVIII

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias

poética y POESÍA

19 y 21 de febrero de 2008
Edición al cuidado de Antonio Gallego
© Juan Antonio González-Iglesias
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-6515-2008
Imprime: Ediciones Peninsular. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

PRELUDIO PARA
JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS

Nacido en 1964 en Salamanca, González-Iglesias estudió y se doctoró en aquella ilustre Universidad, en la que es profesor titular de Filología Clásica. Al margen de los consabidos escritos y ensayos relacionados con su profesión, además de las excelentes traducciones de Horacio, Ovidio, Catulo y otros poetas latinos anónimos y menores, su relación con la cultura clásica está muy presente en su labor poética –al igual que en la de Jaime Siles o en la de Aurora Luque–, pero tal vez con mayores consecuencias y más radicales en lo personal. Esta labor poética lleva ya casi tres lustros en los escaparates de las librerías y ha sido múltiples veces galardonada. *La hermosura del héroe* fue Premio Vicente Núñez en 1993; *Esto es mi cuerpo* (1997) obtuvo un accésit del Premio Gil de Biedma; *Un ángulo me basta* (2002) fue Premio internacional de poesía Generación del 27; *Eros es más* (2007) consiguió el Premio Loewe, y el conjunto de críticos de «El Cultural», encabezado por Antonio Colinas, lo eligió por unanimidad el mejor libro poético del año. En medio de estos dos últimos, en 2005, apareció *Olimpicas*, un conjunto de poemas en los que insistió en el clima del olimpismo antiguo mediante la contemplación deleitosa del moderno, como venía haciendo desde sus inicios.

Y es que para González-Iglesias la Antigüedad ha si-

do un factor de modernidad desde el Renacimiento y desde la Ilustración: «Sigue siéndolo. En mi poesía, lo es», ha escrito. Esta juntura de Antigüedad clásica y vivencia del mundo moderno es un lugar común en la crítica sobre nuestro poeta. Pero adopta matices muy complejos, lejanos en todo caso del esteticismo culturalista que era la trampa más previsible en la que podía caer. «Ser / contemporáneos quiere / decir sólo que somos / simultáneos de todo nuestro tiempo», anotó en su poema «Snowboard» (*Un ángulo me basta*), y de ahí la consecuencia: esboza el poema en una caja de Telepizza, con frases de periodistas de un programa de televisión, «Madrid Directo». «Todo nuestro tiempo» quiere decir la adopción, con la máxima naturalidad posible, de *todos* los medios que nuestra época nos ofrece para comunicarnos, y de ahí títulos tan significativos como «Ya.com me ofrece megas ilimitados», o «Momento perfecto patrocinado por Contrato 10 de Amena», ambos en *Un ángulo me basta*; también, la misma naturalidad ante *todos* los nuevos espacios públicos en la urbe contemporánea: «He comido en un centro comercial / de diseño», son los primeros versos de «Less is more», pero de allí sale con un zumo de naranja y las obras de Epicuro; así mismo, naturalidad ante las nuevas fuentes de inspiración o, mejor aún, los nuevos principios de autoridad, los nuevos y sorprendentes lemas que figuran en sus poemas. Junto a los clásicos, tanto antiguos como modernos, una noticia de periód-

dico, o la literatura e imagería publicitaria. De ahí también su firme adscripción a la música de consumo masivo como uno de los signos de identidad de nuestro tiempo, desdeñando en principio la música que llamamos clásica.

Los poetas de firme tradición clasicista suelen tener una desventaja casi insoluble respecto a la música como tema de su poesía, y la causa es para mí muy clara: La Antigüedad grecorromana que nos dejó maravillosos testimonios de su amor por la belleza en monumentos o estatuas, en vasos pintados y en letras imperecederas, apenas nos legó sino escasos e incompletos testimonios musicales, al margen de la teoría y la mitología musical de la que aún nos nutrimos. No es que carecieran de música, ni de notación para escribirla, pero la música es frágil y el tiempo la consume: no nos han llegado sonidos precisos y concretos de la Antigüedad. Cuando el Renacimiento quiso llevar al escenario el teatro antiguo con música, pues era bien sabido que la tenía, inventó la ópera, que no tenía nada que ver, porque carecía de modelos.

Aun así, en los primeros poemas de González-Iglesias –en los que ya se siente «el ateniense que hay en mí»– hay fulgurantes imágenes musicales. Hay imágenes reales, como en su «Olímpica primera. Nadador» (*La hermosura del héroe*), cuando la contemplación televisada de la hazaña de Martín López-Zubero, bien arropada en la traducción que Fray Luis de León hicie-

ra de la Olímpica I de Píndaro, se concentra en la subida al podio y en la escucha del himno nacional español (afortunadamente sin letra):

Pero ahora

eres sólo la música que da nombre a tu patria,
a la tierra que fue del padre de tu padre
y en la conflagración de tantas destrucciones,
del amor declarado como una gran batalla,
tú, príncipe oceánida, tentación de los dioses,
atleta de los émbolos, de los muslos gemelos,
feliz, triunfal, infante sorprendido y acuático,
sincronizada toda tu hermosura, sonrías.

No son frecuentes músicas como ésta en los poemas de González-Iglesias, aunque alguna que otra hay. Por ejemplo, la de la procesión del «Jueves santo» de su último libro (*Eros es más*), que escuchan al mismo tiempo los que acompañan a los Cristos y las Vírgenes y los que seestean tendidos en la arena bajo el puente romano:

Caía el sol de abril tibio y benévolo.
Compartieron los pétalos, la música,
la marcha, las trompetas, los antiguos
timbales. El incienso no hacía
distinciones. Indicio de la gloria,
alcanzó a los desnudos como algo
natural, ni siquiera se movieron
en su principio de paganidad.

Más sorprendentes son las metáforas músicas y otros recursos retóricos relacionados con lo musical. He aquí el inesperado comienzo del «Nuevo himno» que el poeta se dedica a sí mismo, a su propio nacimiento (vuelvo a *La hermosura del héroe*):

Nadie profetizó tu nacimiento.
No hubo salutación que preanunciara
el átomo de música que fuiste
al pasar el umbral, la tela leve
del mundo, fuerte y tierno ya, ofreciendo
tu primera sonrisa tras diez lunas.

Y tras incluir su propia hermosura de recién nacido entre la de los héroes que canta en este su primer libro, concluye con versos deslumbrantes:

A ti te canto, corazón del cosmos,
en tu pristinidad deslumbradora.
Yo te doy nombre de héroe porque tienes
dentro del torso un pétalo no escrito,
secreto ruiñeñor que vuelve suave
el caudal de violencia de tus labios.

Otro niño nacerá, y el mismo poeta cantará «el día luminoso» en el que se rinda a sus requerimientos en el poema «Profecía de tu piel maravillosa», y con recursos de imaginería musical casi idénticos:

Aunque nada sostiene la esperanza que canto
yo sumo aquí las sílabas del amor que te tengo
casi a tientas y pido que su fuego y su música
prendan el ruiseñor prisionero en tu torso.

Un nuevo joven atractivo «bruñe los entrepaños labrados por Ghiberti» en la «Puerta del Paraíso» del Baptisterio (González-Iglesias lo contempló muchas veces cuando residió en Florencia completando sus estudios salmantinos), y es evocado en lo que parece un nuevo himno:

En vano los metales más nobles de la escala
a mi retina acuden, material sensitivo,
por guardar en efímeros fotogramas la imagen
de tu cuerpo a relámpagos o tímpano entregado.

Y anota esto al comienzo del tercer episodio del poema:

En mítica secuencia la vulgar camiseta
te quitas, y al alcance de este lado del sueño
se alza el arco esbeltísimo de tus abdominales
como ojiva que apunta al músculo de música,
fundada sobre el nunca alcanzable horizonte
de tu cintura, línea la más imaginaria.

En su segundo libro, *Esto es mi cuerpo*, el repertorio de imágenes musicales desaparece casi por completo en un afán esencializador y ascético que caracteriza la evo-

lución poética de González-Iglesias. Pero la admiración por la belleza, y, resumen de ella, por la del cuerpo humano sigue bien patente desde el mismo título. En el poema titulado «Los amigos del cuerpo» incluye a un italiano, «Silvano, que está escrito / en su nombre, y *nel suo cuore si ascolta / la musica del bosco*», pero poco más. A cambio, es ahora cuando aparece con nitidez la música que para él simboliza nuestro tiempo, la música de consumo masivo, generalmente americana o inglesa. Lo afirma con un poco de tristeza en el poema «La canción del verano suena más que la Eneida»:

Tristeza de saber que no regresaremos
a la ternura, la serenidad,
al fulgor de Virgilio.
Aquel verano
bailábamos oscuros bajo la noche sola.

Con algo más de precaución, también es bien perceptible en el poema de doble título «Tú y yo / Los otros»:

Es todo simultáneo. Mi sustancia es la tuya.
Escúchame muñeca, escúchame muñeco,
(copio esto de la radio, de un disc-jockey cualquiera,
mas no por ello debes despreciarlo): *your sweetness
is my weakness*. El mundo es hermoso y confuso (...)

Sigue insistiendo en ello en su nuevo libro, *Un ángulo me basta*. En el poema ya citado, «Snowboard», los

esquiadores, «los surfistas de la nieve» y sus marcas efímeras, le hacen pensar que «Existen armonías / que no percibiríamos / sin las celebraciones / del arte pop». Los atletas de la «Selección española de gimnasia» afirman que quieren ser normales. «Que tocan / música en un garaje. Que ven cine. Que estudian.» E incluso en «Canción para el chico de mis sueños» nos da los nombres de los ídolos musicales del poeta: Iggy Pop, el cantante de Michigan cultivador del punk rock; Bruce Springsteen, «The Boss», el incombustible jefe del rock urbano; y el inclasificable Bob Dylan, que se mueve con la misma facilidad en el folk, el country y el rock blues, ya reciente Premio Príncipe de Asturias de las Artes (¡cómo pasa el tiempo!). Junto a estos americanos, aparecen también dos ingleses más jóvenes: Brett Anderson, el del rock alternativo, en este mismo poema; Robbie Williams, roquero pop y cantor de baladas, en «Ultimus romanorum» (*Eros es más*), donde propaga «en videoclips y en radios y en ipods» aquellas palabras memorables de Agustín de Hipona, «la más humana de las oraciones»: «Hazme puro, Señor, / pero no todavía».

Estas son las músicas que oye González-Iglesias en sus poemas, y las que hace escuchar a sus admirados atletas. Así es descrito el piragüista David Cal en la «Olímpica tercera» (*Olímpicas*):

Es serio. Está llamado
a su propio interior. Entrenaba escuchando

rock urbano en formato mp3,
por horas infinitas.
En Internet lo llaman un tímido de oro.
El piercing de su boca es un punto de acero.

Y el «Gimnasta» de *Eros es más*, mientras gira, vuela y organiza todos sus movimientos, «sueña con pinchar música ante la muchedumbre / en una discoteca: *Fabrik* de Fuenlabrada, / la misma en la que baila cada noche de sábado.»

¿Cómo hacer que congenien Virgilio y la canción del verano? ¿O no era sincera aquella tristeza? «Ay de los que proponen la vida como una operación incesante de conocimiento», nos dice en el título de un poema: el pensar frente al sentir, he aquí el dilema; el peligro de pensar demasiado porque, como decía el bailarín Nijinsky, «las personas que piensan demasiado / acaban escribiendo / cosas absurdas sobre la belleza.» La clave, en mi opinión, está en lo que el poeta confiesa contemplando el «Vaso del Ermitage», ese emblema delicado de su vida que le hace sentirse sólo («y sentir mi absoluta soledad cultural / ahora») y añorar la dulzura de aquello:

Este vaso ateniense
en el que Apolo tiende a Dioniso la mano
sellando la alianza entre lenguaje y éxtasis.

Ahora ya vamos entendiendo. Se trata de una alianza, no de una más de las bellas pero crueles contiendas mitológicas entre Apolo y Pan, entre Apolo y Marsias, entre lo apolíneo vencedor casi siempre de lo dionisiaco, pero en muchos de estos poemas con final diferente. En otros, no tanto. Podríamos concluir que en González-Iglesias, como en algunas encuestas electorales, hay un empate técnico entre liras apolíneas y flautas pánicas. En otro texto significativo, el «Autorretrato como asceta inconsciente», aparece, junto a Píndaro y Horacio, junto a Ungaretti y Juan Ramón Jiménez, la autoridad de un rapero; y, al mismo tiempo, la añoranza un tanto estoica de lo puro y silencioso, presente en muchos de sus poemas. Ahora, en este mismo nos dice:

Algo hay
de revolucionario
en la felicidad del silencioso.

Ahora sí podemos entender un poema enigmático de su último libro, el titulado «Felicidad natural», el que comienza con aquello de que «Es bueno para el cuerpo contemplar los trigales / verdes esta mañana de principio de mayo.» Y prosigue: «Es bueno para el cuerpo que el único sonido / sea / el rumor de la lluvia sobre el techo del coche.» Y también entendemos mejor ese delicado poema amoroso titulado «Si me despierto en medio de la noche», en el que el ritmo de la respira-

ción de su amante le sitúa en el cosmos, es decir, en el caos ordenado según las proporciones músicas. El sueño de Escipión, nada menos. O la Noche serena, de su admirado Fray Luis. Oigamos:

El ritmo de tu aliento
me comunica música muy simple.
Me indica mi lugar
en el cosmos.

A. G.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS
Bajo el signo de Horacio

Cuando la Fundación Juan March me invitó a escribir una poética, acababa de recibir otro encargo sorprendentemente paralelo: traducir el *Arte poética* de Horacio. Dudo cuál de esas dos responsabilidades me pareció mayor. Volver a escribir la *Poética* de Horacio –que no otra cosa es traducir– me hacía ver lo vano de ponerme a redactar una propia. Digo vano y digo ligeramente pretencioso, digo efímero, digo casi seguro destinado al ovido. Aun así, he terminado antes esta tarea que la otra. Pido perdón ya porque voy a hablar de mí y porque no voy a decir nada nuevo.

Y así empiezo, bajo el signo de Horacio, maestro de todos nosotros, los poetas que nos atrevemos a explicar nuestra manera de hacer poesía. Reiteraré mis referencias a los poetas romanos, no por mis estudios o mi profesión, sino porque se trata de un asunto esencialmente romano y, más en concreto, horaciano. Ezra Pound, uno de los grandes del pasado siglo XX, escribió en una carta: *debemos adoptar el tono latino, porque los poetas romanos fueron los primeros que tuvieron los mismos problemas que nosotros.*

¿Los mismos problemas que nosotros? ¿Nosotros, los poetas? ¿Nosotros, los ciudadanos, los lectores? Todo ello. Nosotros, todos, somos irremediabilmente romanos. También lo somos como poetas. En el trato con la tradición, somos romanos. Ellos se encontraron ya

con que había una literatura clásica: la griega. Había que imitar sus textos mejores, cambiarlos. Sobre todo, había que superarlos. Si no se hacía algo mejor, era preferible no hacer nada más. En el estudio de los clásicos he aprendido la clave de la tradición y la clave del progreso, que los dos existen como caras de la misma moneda. En el siglo I antes de Cristo ya sintieron que lo esencial estaba escrito. Es más, me gustaría seguir por ese camino, que explora lo que se queda en el pasado, para contemplar el panorama de la poesía desde la privilegiada atalaya de Aristóteles. Cuando el filósofo escribió su *Poética* tenía ante sus ojos las obras maestras de todos y cada uno de los géneros literarios, y prácticamente nada más que las obras maestras. No padecía el exceso cuantitativo y caótico de la literatura contemporánea. Se libró también de las interferencias mediáticas (desde las audiovisuales hasta internet) que enriquecen el hecho literario tanto como lo depauperan.

Empecemos a hablar en primera persona. Gané un pequeño concurso de poesía cuando tenía veinte años. Digo pequeño, porque era de ámbito universitario, lo convocaba un colegio mayor, y era para un poema. Era mi primer premio literario. Con él compré un ejemplar de la *Poética* de Aristóteles en la preciosa edición trilingüe de Valentín García Yebra, en griego, latín y español. Faltaban diez años para que se publicara mi primer libro. Hablando estrictamente de poética, sin ser bio-

gráfico, diré que fue una década en la que prevaleció la vida. La poesía formaba parte de ella, pero sólo como lectura. Como debe ser.

Ficción y dicción

Tomo prestado este binomio de Gérard Genette, cuya nomenclatura usé profusamente para mi tesis doctoral. Era una teoría del diálogo y de la narración, que seguía la moda de finales del siglo XX, aquella centuria en la que nacimos y que resultó más escolástica que la de Tomás de Aquino.

Aristóteles reservó un cuadrante poético —nunca mejor dicho— para la ficción en prosa, que en su época no existía. Para cumplirla plenamente llegó Don Quijote, engarce perfecto entre la Antigüedad y la Modernidad, que inaugura la novela moderna siendo el último poeta antiguo. *Don Quijote, poeta en acción*, he titulado un texto sobre él. Muchos siglos separan la ficción que Aristóteles encomendaba a los poetas y la idea tan extendida actualmente de que el poeta es un fingidor. He acabado por aborrecer la fórmula de Pessoa, tan mal entendida. El poeta modula o modela el lenguaje (fingir en latín es dar forma con las manos, por ejemplo a una estatua, así lo usa varias veces Horacio en su *Poética*), pero ha sido tan malinterpretado que finalmente parece que el poeta se encarga de la ficción, penosa tarea que en la modernidad había sido traspasada

a la novela. Eso nos había dejado a los poetas absolutamente libres para decir la verdad. Así es como me siento. No pretendo que los demás hagan lo mismo. Simplemente como lector, espero que los poetas me digan la verdad, el propio Pessoa me lo garantiza. En *Esto es mi cuerpo* escribí: «Porque sólo he querido ser bueno y verdadero» (y ambos términos tenían un sentido ético, no estético). Años después, en *Un ángulo me basta*: «No soy un novelista. Yo no invento./ No puedo permitirme la mentira /en esta relación. Doy mi palabra.» Tan importante como lo que escribimos es lo que leemos. Hay poetas que, cuando leen prosa, prefieren la historia y el ensayo. Yo soy uno. Tengo cierta desconfianza hacia la ficción innecesaria o disparatada, ambas tan de moda. En los momentos de mayor desconfianza, me recuerdo aquellas palabras de Helene Hanff: *¿por qué habrían de interesarme cosas que no les han pasado a personajes que nunca han existido?*

Lógicamente, también mantengo la actitud que podría parecer contraria: aprecio mucho la novela escrita según los patrones de la poética, pues en ella perdura media vida de lo que Aristóteles encomendó a la poesía. Nada menos que la ficción. Considero auténticos poetas a los novelistas excelentes: Cervantes el primero. Stendhal, Flaubert, Galdós, Virginia Woolf, Mishima, Yourcenar o Álvaro Pombo. Poetas. Ficción para la novela. Dicción para la poesía. En poesía pido verdad.

Doy verdad. Reclamo la verdad, ni siquiera la vieja verosimilitud me satisface. En la verosimilitud se sitúan muchas de las coordenadas de cierta poesía contemporánea que acaba por decepcionarme, cuando no por aburrirme. Algo similar me sucede con las máscaras irónicas o ingeniosas. John Donne suplicó: *Señor, líbrame del ingenio*.

El camino de los novelistas poetas es el también el de la verdad, aunque den la vuelta por la ficción. Stendhal anota en su diario: «*no se puede alcanzar lo verdadero más que en la novela*». Virginia Woolf, también en una entrada de su diario: «*Es una buena idea, creo, escribir biografías: que me sirvan para utilizar mi capacidad de descripción, de evocación, de exactitud: y usar las novelas sencillamente para expresar lo general, lo poético*». En octubre de 2007 Francis Ford Coppola declaró que veía el cine más cerca de la poesía que de la ficción. *Por la metáfora*, añadía. Dado que citaba a continuación a Borges, no hace falta añadir nada.

Trabajar con la verdad hace posible ejercer hoy funciones arcaicas de la poesía. Cantar. Celebrar. Lamentar. Decir, con sus poderosos matices: por ejemplo, bendecir («Benditos /los acróbatas nuevos», escribí en «Capoeira»). Maldecir (algo que en realidad he hecho para buscar el bien, en los dos casos con un *ay* arcaizante que a mí mismo me extrañó: «Ay de los que pre-

tenden administrar el fuego» y «Ay de los que conciben la vida como una operación incesante de conocimiento»). Profetizar, sin miedo, pues es la forma más sencilla de pedir. Un poeta laico como Virgilio se lanzó a escribir la Bucólica IV. Más humildemente yo he profetizado o pedido el cumplimiento de un amor imposible («Profecía de tu piel maravillosa»). Y este verano compuse una «Canción para pedir más carril bici». Los dos se han cumplido. El amor tardó años. El carril bici, apenas unos meses. Otra función importante del poeta es curar. Más allá de la catarsis aristotélica (que no se restringe al teatro), hay un valor terapéutico muy arcaico en la poesía. He visto cómo el poeta Vicente Núñez imponía las manos en su pueblo. De otro modo, la curación puede venir del momento en que uno comprende o acepta, algo a lo que un poema puede ayudar. En 1997 yo sufría una dolencia en la piel causada por el estrés. Harto de dermatólogos, me curé escuchando a un poeta. Fue en un seminario de poesía de la Sorbona, dirigido por Marie-Claire Zimmermann. Saúl Yurkievich estaba leyendo sus versos en francés. De pronto pasó al español. Era fundamental —explicó— leerlo tal como él lo sintió: *Todo te tatúa*. Lo repitió a modo de letanía. El sonido. El sentido. La salmodia. Comprender y aceptar lo sencillo. Aquello fue lo que me curó.

Lo de dar la vuelta por la ficción para llegar a la verdad viene a ser aquel verso de León de Greiff: *vayamos*

hacia el Norte aunque sea dando la vuelta por el Sur. Así es la vida y por tanto así debe ser la poesía. Titulé un cuadernillo con ese verso. Por cierto, señalo que los títulos de los cuadernillos o *plaquettes* dicen tanto como los de los libros, si no más.

Los poetas que nos precedieron

Un poema –sostiene Harold Bloom– es «la melancolía del poeta por su falta de prioridad». Entiéndase en el tiempo y en la jerarquía. Yo nunca he sentido esa angustia de la influencia de la que habla el ingenioso juicio neoyorkino. Siendo, como soy, culturalmente católico, romano y griego, la culpa no nubla mi horizonte. Menos aún al tratar las maravillas que dejaron quienes nos precedieron. Al contrario, prefiero participar de esos bienes imitándolos. En la tradición que se remonta a Homero, imitar es algo tan natural que forma parte del código genético del poeta. En cualquier caso, todos sabemos que *imitar* no significa «imitar». En otra ocasión en que me pidieron una poética escribí un poema, «Consejos a un poeta cachorro», que terminaba: «por lo tanto si quieres escribir / algo que se parezca a déjame / que me pierda una hora en la incomprensible pregunta de tus ojos/, te propongo al revés el eslogan de la colonia Hugo: *don't innovate. Imitate*». El verso digno de imitación era de Isla Correyero. Para una defensa de la mimesis literaria podría invocar a mi maestra de Salamanca, Carmen Codoñer, en

sus clases sobre Tácito o Séneca. O a mi maestro de París, Jean-Marie Schaeffer, que sostiene: *la literatura occidental es la repetición de modelos ideales*. Voy a expresarlo con las palabras del poeta Ossip Mandelstam: *leemos a Catulo, a Horacio y nos invade la profunda alegría de la repetición*. Eso me pasa. No siento angustia por no haber escrito un gran poema pasado. Lo reescribo de otro modo. O lo leo en voz alta. O lo traduzco, que es una actividad a la que he dedicado muchas horas. O simplemente lo copio a mano, algo que hacía a menudo cuando era adolescente y joven. Es un gran placer intelectual, pero también físico. El emperador Teodosio II, en su palco del hipódromo de Bizancio, se distraía de los caballos para abstraerse copiando manuscritos de los textos más bellos, dedicación por la que recibió el sobrenombre de Calígrafo. En otra arte, el *Arte de Amar*, que traduje hace muchos años, el seductor dice a la mujer: «Tú miras los caballos y yo a ti.»

Sólo siendo muy consciente de la tradición se puede hacer algo nuevo. Debe regir una ley de necesidad: el poeta debe decir aquello que, si no fuera por él, quedaría sin decir. También le incumbe recordar a sus contemporáneos algunas verdades elementales que ya se han dicho. El caudal de poemas excelentes que acumulan los clásicos funciona asimismo como una protección ecológica. No hace falta que escribamos mucho,

porque lo esencial ya está dicho. Eso permite que nos concentremos en hacerlo bien.

Mi primer poema publicado en libro fue una imitación de Píndaro. De su «Olímpica primera», *la más bella de sus odas*, según Luciano de Samosata. Empezaba en griego, repitiendo el principio, traduciéndolo: *Árison hydor*, lo mejor el agua. Todo era simbólico: la primera palabra, *áriston*. La primera letra, una alfa. Los simbolismos son tantos y tan obvios que no me voy a detener. Lo que sí contaré es que en ese salto mortal entre Píndaro y el presente (con las calidades tan dispares entre sus versos y los míos) recurrí a la ayuda de Fray Luis de León, quien no sólo tradujo el *Cantar de los Cantares* y a Horacio, sino también esa Olímpica de Píndaro («el agua es bien precioso»). Casi a diario frecuento la estatua de Fray Luis en el Patio de las Escuelas salmantinas: está allí por ser muchos poetas: él mismo, que es también nuestro Horacio, nuestro Píndaro, nuestro Salomón. Aquel premio universitario, con el que me compré la *Poética* de Aristóteles, llevaba el nombre de Fray Luis de León. ¿Azar, fortuna, signo? Sin duda. Los nombres de los premios son importantes para que nos presentemos o no. El premio no sólo condecora al que lo gana. Honra determinada memoria.

He imitado (también en el sentido antiguo, no en el moderno) a Horacio y a Virgilio, de manera visible y de

manera invisible. Los tres milenios de tradición poética que van desde Homero hasta hoy son lo más parecido a la eternidad que tenemos los europeos, los occidentales, si pensamos en términos exclusivamente laicos. A esa ansia de estabilidad nuestros antepasados la llamaron poesía. Paul Valéry habló de *stable trésor* en la tercera estrofa del *Cementerio marino*. Estable tesoro. El mar. O la poesía, ese templo sencillo de Minerva. Y prosigue: *Masse de calme, visible réserve*. Franco Battiato, al que *El País Semanal* llamó místico del siglo XX, canta: *cerco un centro di gravità permanente*.

Lo cual no sólo no excluye las innovaciones, sino que las promueve. En aquella *Olimpica* mía desfilaban la televisión, el crono, anglicismos como *flash back*, el eslogan de Marlboro («genuino sabor americano») y hasta neologismos como *rectidumbre* y *trayectas*. La Antigüedad ha sido un factor de Modernidad desde el Renacimiento y desde la Ilustración. Sigue siéndolo. En mi poesía, lo es. Cuando publiqué el libro *Olimpicas*, una periodista me preguntó cómo se me había ocurrido escribir poesía a los atletas olímpicos. Una tradición de tres milenios parecía una novedad. Uno de esos poemas deportivos se ha publicado hace poco en el diario *Marca*, con un artículo de Santiago Seguro dedicado a las vidas paralelas de un atleta y a un poeta, a Koji Murofushi y a quien les habla. Si a eso añado que las *Olimpicas* se encuentran en la biblioteca del COI en

Lausana, y que el libro se regaló como premio a los atletas de mi universidad, puedo decir que, de varias maneras contemporáneas, he recibido por él honores casi helénicos. Lo cual significa mucho para alguien que tiene «la mente puesta en Atenas». Que el gran Alfonso Reyes me perdone por haberle robado esa frase, con la que él retrata los apacibles días de Buckhardt como profesor en Basilea. Me permito añadir que también tengo «la mente puesta en Esparta», como se ve en muchos de mis poemas. Nuestros ciudadanos deberían aprender de los de aquellos dos Estados griegos. Y deben aprenderlo en los poetas, no sólo en el deporte, que parece el único legado griego del que somos conscientes.

Aquí es donde debo dejar anotada la importancia que el deporte tiene para mí, como persona y como poeta. En una visita de Aurora Luque a Salamanca le conté, justo delante de la Casa de las Conchas, donde está la biblioteca pública, que mi vida transcurría *entre la biblioteca y el gimnasio*. Si llamamos academia a la universidad, se verá claro que lo esencial de mis días puede nombrarse en griego, puesto que eros es un helenismo intraducible. Años después escribí un poema sobre la vida que llevaba como profesor visitante en la Universidad de Oregón. El primer verso era exactamente la frase que le dije a Aurora Luque: «entre la biblioteca y el gimnasio / se extiende el cementerio donde

duermen / los que fundaron la ciudad...». No hace falta insistir en la estabilidad de mis días, aunque habían pasado años, estaba en otra universidad, en otro continente.

De paso, hemos visto cómo algunas palabras de una conversación pueden viajar al poema directamente (aunque no instantáneamente en mi caso, puede transcurrir mucho tiempo y casi siempre transcurre). Para que suceda algo así es muy importante el interlocutor. En este caso era la más griega de los poetas españoles actuales, si no de todos los tiempos. Y ya que estoy hablando de Aurora Luque, quisiera contar algo de cómo a veces llega el poema. Después de los Juegos Olímpicos de Atenas de 2004, ella estaba describiéndome su emoción por haber visto una edición moderna, en Grecia, de los antiguos juegos. *Esa mezcla del chándal y el olivo...* exclamó admirada y feliz. Inmediatamente me di cuenta de que era muy bello lo que estaba oyendo. Se lo pedí. Y me lo regaló. Está al final de la «Olímpica Tercera».

A propósito de ello, podemos dividir a los poetas en dos nuevas clases: los que lanzan versos en su hablar inconsciente (Ovidio nos cuenta que él era de esos ya de niño) y los que los detectan. Los cazan o los captan. Yo pertenezco más bien a la segunda especie. Los encuentro hasta en los textos más prosaicos. Incluso contra mi

voluntad (no creo que haya cosa más fea y bárbaramente aliterada que este titular del teletexto: *Inglaterra extradita a tres etarras*). O cuando no son endecasílabos, porque en su idioma no lo son. En el telediario de TeleFrance 1 he oído esta fórmula, digna de nuestro hermano Michel de Montaigne: *de la fragilité du coeur des hommes*. En una guía de Burdeos hallé esto, que espero que acabe en un poema: *l'après-midi radieux des bordelais*. La belleza gusta de manifestarse en medio de la vulgaridad. Lo hacen las palabras, igual que lo hacen los cuerpos.

Los avisos horacianos

Lo que pudiera tener de normativa la poética de Horacio ha perdido fuerza para nosotros. La leemos otra vez como poema, sin el servilismo de los neoclásicos. Sus dictámenes son avisos, signos abiertos, no leyes. Algunos de esos avisos a mí siempre me han impresionado, especialmente ése en el que dice que entre los abogados puede haberlos excelentes y mediocres (y hasta malos, añadido). Pero no entre los poetas. No hay necesidad de poetas mediocres. «Porque ni dioses ni hombres ni columnas / lo consienten», asevera hermosamente Horacio. Ha de cumplirse con precisión infinitesimal: no hay necesidad ni siquiera de poemas o de versos mediocres. Los poemas son una parte del mundo, cosas del mundo, criaturas del mundo. No hay porqué añadir maldad, fealdad o más mediocridad de la que existe.

Tampoco olvido el famoso final de la Epístola horaciana. Su retrato del poeta borracho, loco, bufonesco, anticipa para mí muchos de los males que han assolado el postromanticismo del siglo XX, con su nihilismo angustioso y sus múltiples servilismos. No acaba de venir a cuento, pero declaro que soy enemigo radical del consumo de drogas. Estoy, ya lo he dicho, con Píndaro, que afirmó para siempre: «lo mejor, el agua». Estoy con *los que se embriagan de su propia lucidez*.

Retórica y poética

Arte, *techne*, es la destreza en el oficio, la maestría, y al mismo tiempo es el tratado en el que uno la transmite. Había arte de edificar (Vitrubio), arte de amar (Ovidio), arte de vivir y hasta arte de ser feliz (Séneca). El arte de cultivar el campo empezó en verso (con Hesíodo y Virgilio) y acabó en prosa, transcurridos los siglos. Al final de la Antigüedad, un experto en agricultura llamado Paladio escribió su correspondiente *arte*. Todo en prosa. Pero al llegar al libro donde habla de los injertos, se pasó al verso, porque una cuestión tan delicada debe tratarse poéticamente. Esta finura que parece nipona muestra la importancia que nuestros antepasados dieron a la poesía. Lo cuento porque sobre este Paladio hablé en la lección para ser profesor titular. Y porque algunos datos biográficos forman parte de nuestra poética.

El principal problema romano que seguimos teniendo es que ya en Roma el arte retórico se solapó con el arte poética a la hora de producir un poema. Se mezclaron y cuesta mucho separarlas. En Grecia estaban tan nítidamente diferenciadas que Aristóteles dedica un tratado a cada una. La retórica, el arte de producir discursos, ha llegado hasta nosotros con fuerza para generar cualquier tipo de texto. La poética, que engendra poesía, o literatura en el sentido más noble, apenas nos ha llegado, desmoronada por las vanguardias, que abolieron los géneros y la frontera entre lo que es arte y lo que no. ¿Por qué, entonces, el problema? Porque la retórica, ella sola, es capaz de producir un artefacto verbal que parezca un poema o que sea un poema. Como los resultados pueden ser indistinguibles en la superficie, debemos distinguirlos de manera íntima, antes. Propongo cuatro criterios:

1) La retórica busca el poema. La poética lo encuentra. Podremos asegurar que un poema es retórico sin que eso signifique que está cargado de figuras o que es vano o artificioso. Para los que se sirven del arte retórico, el poema es un objetivo que casi siempre consiguen de manera aceptable. Para quienes se sirven del arte poética, el poema es algo dado. Un don, fruto de lo que nuestros antepasados llamaron Musas o Espíritu. La inspiración. Valéry pudo dictar de manera puramente laica que el poema es obra del espíritu. Quizá

quede más claro escrito con minúscula, que es como desde el siglo XX se escriben las cosas más importantes. Pero es sospechosamente parecido a lo que se dijo en términos religiosos, sean paganos o cristianos.

2) La poética se atiene al entusiasmo y a lo sublime como categorías estrictamente estéticas. Platón acuñó la primera, como una forma de estar habitado por la divinidad. Longino, la segunda. La retórica puede alcanzarlos en los discursos, no en los poemas.

3) Marguerite Yourcenar dice que el arte más parecido a la poesía es la escultura. A partir de ahí se puede precisar: la retórica produce el poema como el que suma arcilla y después modela. La poética trabaja sobre el mármol, quitando con el escoplo lo que sobra, como hacía Miguel Ángel. Lo dado, más que el bloque mármoleo, es la forma ideal, la intuición completa previa a la escultura. Así se desvelaron la Piedad o el David. Se nota en ellos que nacieron poéticamente, despojados de lo que sobraba, conquistando lo que ya se tenía. La poética será un arte de negar, de rechazar, de quitar lo innecesario o lo incongruente.

4) La retórica subordina el poema a otros fines (puramente personales: mantenimiento de una carrera literaria, éxito, retribuciones; fines políticos, ideológicos, prejuicios estéticos, etc.). La poética contempla el poe-

ma como objeto exento, independiente, libre. Me gusta pensar en la poesía como la zona de libertad del lenguaje. La retórica nunca conseguirá la soberanía del poema.

Las escuelas de escritura y talleres, por no hablar de las asignaturas de escritura creativa o los métodos para aprender a escribir poesía suelen dar preferencia al mecanismo retórico. Es uno de los síntomas de nuestra época. Se irá agravando, bajo la influencia norteamericana. La retórica, aunque sea con otros nombres, ha sobrevivido a los cataclismos del XX. La poética no. Es un peligro del que los más jóvenes deben ser conscientes. A escribir poesía no se aprende escribiendo. Se aprende leyendo. Se aprende viviendo, amando, olvidando. No se me ocurre más que un llamamiento a la responsabilidad personal de los artistas a la hora de usar dos instrumentos tan dispares, aunque sus productos resulten tan engañosamente análogos. Deben proponerse escribir poemas que merezcan la gloria que les reservó Horacio: *ser perfumados con aceite de cedro y guardados en estuche de ciprés.*

Poesía, pensamiento y sentimiento

La equivalencia que Unamuno estableció entre pensamiento y sentimiento resuelve muchas de las antinomias que se nos suelen plantear. La Poesía siempre *está diciendo*, porque es lenguaje. Paul Valéry, poeta intelec-

tual, llegó a decir que un poema es una *rotación completa del pensamiento*.

Ésa es la clave. Un poeta puede transmitir pensamiento, sin ser filósofo. Lucrecio y Horacio han salvado a Epicuro. Dos poemas de Horacio han dado lugar a dos maneras de estar en el mundo, ambas epicúreas: una es el hedonismo placentero, que conquista el mundo como energía: el *Carpe diem*. La otra es un sereno ascetismo, que implica retiro del mundo y limitación de las necesidades: es el *Beatus ille*. «Dichoso el que de pleitos alejado». Sístole y diástole de un corazón único, creo que están presentes en muchos de mis poemas.

Entiendo al poeta como transmisor de una sabiduría desgranada singularmente. «Feliz aquel que puede las causas de las cosas / adivinar temprano», afirma Alfonso Canales, casi traduciendo al pie de la letra a Virgilio y su célebre *felix qui potuit rerum cognoscere causas*. Le está encomendado expresar públicamente la intuición como conocimiento directo, inmediato, súbito incluso. Pero también comunicar la experiencia agridulce del que ha vivido. Así sigue Canales: «Mas el que se retarda / adrede, no queriendo / que nada se le esconda / llega más lejos. Día / tras día desenvuelve / un camino que otros / encontrarán pisado y transitable». Cito a este gran poeta de nuestro presente, para mostrar que no se trata sólo de una visión antigua. Tampoco estoy rei-

vindicando una poesía meramente intelectual, en la estirpe de Valéry, aunque he de reconocer que cada vez me gusta más. Oigamos a uno de los grandes irracionales del siglo XX, Ezra Pound. Con motivo de su 73º cumpleaños, leyó una declaración que incluía este artículo: *Todos los hombres tienen derecho a que sus ideas sean escuchadas una por una y a que no sean confundidas unas con otras*. Lo puse al frente de uno de mis libros, porque exactamente eso me parece que puede ser un poema: una idea individualizada. Sobre todo en una época en que la filosofía, que siempre ha sido social, ha sido subsumida por el discurso cientifista, forzosamente general. Pero el poeta y el lector de poesía son seres muy refinados en su particularidad. La unidad esencial de su código es el poema. Qué profético Pound, captando la confusión general de nuestra época. Poeta es el que expresa una idea inconfundible.

Idea, pensamiento, pero también sentimiento, visión, maravilla, coexistencia de contrarios, coherencia singular. Todo eso puede ser un poema. Los poemas de nuestro siglo no van a ser como los del pasado. Deben, sin embargo, seguir cumpliendo la misma función: reivindicar para la poesía una función primordialmente educativa. Nuestros antepasados aprendieron a vivir, a amar, a mirar el paisaje, a viajar y a morir, todo con la poesía. Los poemas no eran mero placer privado de un grupo exquisito. Consecuencia inevitable de esto es que

reivindico mucha mayor presencia de la literatura, y específicamente de la poesía en la educación. Hay recursos públicos para que todos los ciudadanos sean educados como senadores romanos. Sin poesía, sin historia, sin filosofía, sin idiomas clásicos, será vana cualquier otra educación de los ciudadanos. Lo que resulte no serán ciudadanos de un estado democrático tal como se entendió en la Antigüedad o en la Modernidad. Serán otra cosa.

La minoría virgiliana

Los poetas y los lectores de poesía, que son sinónimos en realidad, formamos ahora lo que denomino *la minoría virgiliana*. En otras épocas, los lectores de Virgilio eran menos cuantitativamente, pero estaban en el centro de la sociedad, como lo prueba el momento mismo de Augusto. Ahora tal vez sean muchos más, pero no tienen ningún peso social o político. Hago un llamamiento a la minoría virgiliana, a la minoría poética, para que reconquiste espacio social, educativo y político. O hasta económico. El curso pasado una de las grandes sorpresas para mí fue que Manuel Conthe, presidente de la Comisión Nacional del Mercado de Valores, se acogió al ejemplo de los héroes de la Eneida en medio de su turbulencia. Invocó las palabras de Virgilio en el parlamento. Algo así es lo que quiero decir.

No hay cuestión tocada por la poesía que no tenga

repercusiones en la vida privada del ciudadano y en la vida política de una sociedad. La *minoría virgiliana* va a estar encargada de hacer sociales algunos valores que hemos perdido. El equilibrio. La finura a la hora de abordar los asuntos públicos. La comprensión de la humanidad como una esencia común, el impercedero adagio de que nada de lo humano me es ajeno. Naturalidad para el cuerpo y para el eros. Cerca de Grecia, cerca todavía de los dioses, sin miedo a reivindicar la sacralidad de la poesía, sabiendo que esa sacralidad puede ser cultural y laica, o religiosa y espiritual. Moviéndose por esos extremos como quien se desplaza en un espacio serenamente luminoso. Así se sintieron Horacio y Virgilio. Urbanos, pero partícipes de la naturaleza. Por eso se dijo que los antiguos nos esperan en el futuro.

La cuestión de la torre

Hace unos años recibí una preciosa carta de uno de los grandes poetas españoles (no diré su nombre, pero sí que ha pasado por este ciclo). Allí me decía: «me siento como Venancio Fortunato en su torre, rodeado de bárbaros». Esa idea, incluso en esa formulación, es primordial para mí. Como suele suceder, ha reaparecido de otro modo y para otro motivo. Concretamente en un poema de *Eros es más*: «ahora que la torre de la historia /sufre asedios que pueden ser los definitivos». Aparte del pesimismo cultural, lo cierto es que la me-

táfora de la torre es una realidad en la vida de muchos poetas. Y no estoy pensando en el Hölderlin trastornado. Tampoco en la torre de marfil, aquella bella metáfora que pasó con naturalidad del erotismo del *Cantar de los cantares* a la letanía mariana, para acabar en manos de novelistas y poetas como Alfred de Vigny, Saint-Beuve, Flaubert o Henry James. No. La clave para mí está otra vez en Horacio. *Odi profanum vulgus et arceo*. *Detesto al vulgo profano y me aparto*. Lo que sucede es que *arceo* está emparentado con *arx*, la fortaleza, el castillo, la ciudadela amurallada. Todo eso implica protección, defensa, retiro, altura. En una sola palabra: distancia. El poeta es un animal de distancias. En su vida. Por eso luego resulta tan cercano, íntimo, en su lenguaje. Francisco Umbral, ese poeta que renunció a serlo, retrató al escritor como un ser de lejanías. Horacio relaciona el retiro fortificado con el idioma. Inmediatamente después de «me aparto», dice: «guardad silencio». Y a continuación reivindica la condición sagrada del poeta. Son términos anacrónicos. No sé cómo ponerlos al día. El silencio rodea al poeta. Concretamente el silencio del lenguaje de los otros. Porque muchos rumores lo acompañan (de la naturaleza, de los libros, algunos presentimientos). Mi querido Alexis de Tocqueville nos advierte de no existe para el género humano nada más improductivo que una idea abstracta. Hablaré, pues, de mí, en concreto: mis horas transcurren en una especie de estudio acristalado casi

sobre el río Tormes. Catorce ventanas para diferenciar perfectamente las cuatro estaciones con su ritmo, lento aunque más rápido de lo que quisiéramos. Veo el puente romano, que para mí representa, por puente y por romano, muchas de las ideas de continuidad que he expuesto. Veo garzas, peces, patos, palomas, gaviotas. Truchas que saltan. Animales acuáticos que son nutrias, según me confirmó hace poco Antonio Colinas. Veo, oigo el agua que fluye. En muchos de mis poemas se encuentra esa contemplación. He vivido a la orilla del mar y sé lo distinto que es vivir a la orilla de un río. El mar tiene la inconsciencia maravillosa del paraíso, lo asocio con Málaga, ciudad y costa en la que he pasado años inolvidables. El río tiene la aceptación manriqueña de la vida que se va. Su rumor me remite a las *Fuentes de la constancia* de mi poeta preferido, Juan Gil-Albert. Vivo dentro de una metáfora.

La distancia es también un requisito para la concentración. Si un poeta puede razonar con vocabulario cartesiano, diré que los cuerpos del mundo, el mundo mismo, la *res extensa*, los percibo como *res intensa*. Esto es una plenitud pero también un peligro. Tengo la sensación de que esto les sucede a todos los poetas, a todos los artistas. La extensión se convierte en intensidad. La torre es exigencia para esa percepción intensa. Pero también es protección frente a ella. La saturación de momentos plenos podría conducir al desequilibrio. Lo

mismo vale para la vida social. Pocas personas más amantes del trato humano que los poetas. Titulé un poema *Misántropo, ma non troppo*. El autorretrato es un género artístico (no sólo literario) que me interesa mucho. Sólo el lector de poesía, adiestrado en las paradojas, comprende que alguien que se retrata como *misántropo* sea un enamorado de la condición humana.

En 2003 Jesús García Sánchez me invitó a colaborar en un volumen titulado *Los 140 mejores lectores de poesía escogen los poemas del siglo XX que, por algunas razones, aprecian por encima de cualesquiera otros*. El rótulo de la portada estaba despojado de hipérboles: *Centuria*. Una palabra romana, como corresponde a lo que pretende perdurar. Elegí *El jardín*, de Juan Gil-Albert: *Un alto muro a veces me separa / del mundo entero. Yedras y cipreses / intensifican luces y silencios / y en el hueco plausible de la tierra, / tal una mano, vivo dulcemente / una especie de absorto sueño antiguo / que nada extingue. Cerca se oye el agua / deslizándose lejos, un murmullo...* Fui el único que eligió al que para mí es uno de los poetas mayores del XX y que sin embargo siempre recibe la benevolencia con que se mira a los menores. El encargo incluía razonar la elección. Señalé que la palabra *muro* podría parecernos antipática, por el muro de Berlín, por el de las lamentaciones, por los desmoronados *muros de la patria mía*. Pero muro se oponía a mundo entero. (De hecho estaba inscrito en él: *mu-ndo ente-ro*).

El muro que cerca al poeta debe ser tan extenso como el mundo. Aunque tengo debilidad por los criptogramas, no hacía falta ese resumen secreto de las letras para entender que el proyecto de Gil-Albert es cumplir el consejo epicúreo: *vive oculto*. Y lo hace siguiendo los avisos horacianos: *disfruta cada instante, feliz el que se retira de los negocios, me aparto de la multitud*. El jardín no es sólo el nombre de la escuela del filósofo de Samos. Es la realidad material de la casa para la soledad, para la lectura, para el amor, para los amigos. El pulso del poema es también clásico. Lo conocemos como lugar ameno.

La palabra «vulgus»

Horacio se contrapuso al *vulgo* con un término tan fuerte como el odio. El verbo en primera persona y –cosa rarísima en latín– abriendo el poema. Sólo Catulo se había atrevido a tanto, con su *odi et amo*. Odio a la muchedumbre. Vulgo no es el pueblo. El pueblo romano tenía la plenitud política y poética. La Constitución de Roma cabía en cuatro letras, S.P.Q.R., como nos recuerda una espléndida exposición estos días en Madrid. Frente a la racionalidad del pueblo, la irracionalidad del vulgo. Por eso se ha traducido *vulgus* por chusma, gentío, muchedumbre. Cito *Arte y multitud* de Toni Negri o *La rebelión de las masas* de Ortega. Cito a don Manuel Azaña, que a los veinte años se doctoró en derecho con una tesis titulada *La responsabilidad*

de las multitudes. El futuro escritor y el futuro presidente de la república están contenidos en esa intuición poética. La guerra misma se guarda como una semilla en esa tesis. Su coetánea Virginia Woolf se burla de alguno de los poetas cercanos al círculo de Bloomsbury: *otra vez dirá que los poetas, por su aislamiento, necesitan la comunión con el pueblo.* Pues así es. Los poetas, por nuestro aislamiento, necesitamos la comunión con el pueblo. Horacio odia al vulgo con la misma palabra con la que Catulo odiaba a Lesbia. Puesto que Catulo dice «odio y amo», la incógnita está despejada: Horacio odia al vulgo porque lo ama. Es una relación de amor tormentosa, nutrida de traiciones, la que une para siempre al poeta con el pueblo.

El vulgo también se constituye en pueblo cuando reconoce a sus poetas. La estatua de Fray Luis, levantada en bronce «por suscri[p]ción nacional» en 1869, es una constitución poética de la nación española. El sobrio rectángulo del Patio de Escuelas, uno de nuestros foros políticos, además de ser uno de los lugares de la humanidad.

Aceptado que «vulgo» es un tecnicismo horaciano, podemos certificar que nuestra época es extremadamente vulgar. Su peligro: que hagamos poesía demagógica, como se hace cine, novela, pintura o televisión demagógicos. Por hacer concesiones. Las que Lope re-

conoce en su *Arte nuevo* crudamente: «y escribo por el arte que inventaron / los que el vulgar aplauso pretendieron, / porque, como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle gusto.» Yo defiendo lo contrario. Desprecio del oro. Insumisión al mercado, al poder, a las ventas, a lo establecido para ganar un premio o para publicar. Insumisión a lo «políticamente correcto», necedad vulgar donde las haya, que viene de los Estados Unidos y que está durando más de lo que yo esperaba. Para resistir a todo eso contamos con la metáfora de la torre. En ella el poeta debe ser tan insobornable como un juez o un médico. Más, porque su compromiso íntimo –con el lenguaje y con la vida– no tiene vigilancias deontológicas. Lo suyo, ya lo he dicho, no es trabajo ni profesión.

Lo humilde y lo sublime

Es maravilloso que la tercera gran poética occidental sea *Sobre lo sublime*. Sublime es lo que nos desborda, lo que nos pone en contacto con lo que es más grande que nosotros, lo que nos hace entrar en las lágrimas. Debemos pisar con cuidado esa frontera. El romanticismo se abismó en lo sublime. Pero lo sublime está conectado con lo alto. El *Sublime solarium* del jovencísimo Villena era la terraza más alta a la que subió Abderramán II para morir. Una fórmula latina que Villena, moderno y frívolo como nunca, proponía también como marca de bronceador, que para algo eran los

años de la movida. Hace poco otro poeta joven, Alberto Santamaría, se doctoró en Salamanca estudiando cómo lo sublime sólo puede darse ya en las enormes magnitudes de la República Americana.

La poética clásica delimita lo sublime en la teoría de los estilos, cada uno con sus temas propios: sublime, medio y humilde. Hay poéticas que se empeñan en teorizar sobre el conjunto con las normas que son para uno de esos tres géneros. Algunos han pretendido imponer una poesía sublime. Otros, una poesía mediana, de tonos y temas y estilo. Hay, por supuesto, la poesía humilde, baja, donde cabe lo grotesco o lo vulgar, las expresiones soeces. El problema es que esa rígida teoría de géneros (la de los tres o la de uno) nos resulta insertible porque alguien la ha roto. Se le suele atribuir ese mérito al Romanticismo y a las Vanguardias. Sucedió mucho antes. El nacimiento de Cristo como un niño pobre, con un mensaje para toda la humanidad, especialmente para los más humildes, trastocó para siempre el sistema de géneros antiguo. Dios se expresaba en lenguaje sencillo. Para hablar de él no se exigía el estilo sublime de los dioses paganos. Así lo vio Auerbach en una bella monografía sobre el final de la Antigüedad. Esta súbita voladura del rígido edificio clásico funciona como una bomba retardada e intermitente, que estallará por enésima vez en las Vanguardias. Hace unos años María Luisa Blanco me propuso que defendiera el arte

contemporáneo, arte conceptual, instalaciones, *performances*, etc., en el suplemento cultural de *ABC*. El artículo, al que tengo especial cariño, se titulaba «Lo humilde y lo sublime. Apología de los caramelos». Conciliaba la herencia vanguardista con la clásica.

Admiro a los poetas capaces de escribir en los tres registros. De ellos, Quevedo me parece el mejor: sonetos sacros, heroicos, amorosos, burlescos, todos acaban siendo sublimes. Catulo en Roma hizo algo muy parecido: poemas épicos, amorosos, groseros, burlescos, crueles, tiernos. Todos en un mismo libro. También celebro la capacidad de aquellos que son capaces de intercalar lo humilde entre lo sublime y viceversa. Por supuesto, esas consideraciones dependen de lo que se considere innoble. Por ejemplo: alguien que siente el sexo como una de las cosas buenas de la vida, no temerá nombrarlo en un poema sublime. Es más, lo hará, si siente que hace falta, con palabras vulgares, porque las palabras vulgares captan lo maravilloso del cuerpo. Eso puede hacer que encontremos en un poema noble palabras callejeras para designar el cuerpo y todas sus partes. Porque todo es simultáneamente sublime. El fundamento de la sublimidad es el poema mismo, no lo que establezcan las normas de los críticos. El fundamento de la estética y de la ética es el propio poema. El poeta puede desafiar los valores sociales. Esa es la clave de su independencia o soberanía. Yo he hablado de

cuerpo y de eros, pero otros pueden tener otros valores.

Dicho todo ello, me gusta leer poesía noble, alta. Y me gustaría escribirla.

En Roma no sólo se encontró la poética con la retórica. También se consolidó definitivamente la dualidad de las sociedades occidentales: el senado y el pueblo, convertidas en metáforas de dos modos de ser. El discurso poético occidental, grecolatino, antiguo y moderno, es senatorial. Tengo la idea de que la poesía debe ser a la vez aristocrática y democrática. Aristocrática, cuando se escribe (quiero decir, deben hacerlo los mejores, de la mejor manera posible, de acuerdo con una plenitud que ya he desarrollado). Democrática, cuando se lee: debe poder ser leída por cualquiera de los ciudadanos. La poesía tiene que ser democrática. Para ello no bastan los poetas. No debe lograrse a fuerza de concesiones. Requiere una educación poética del común de los ciudadanos.

Píndaro es aristocrático. Juan Gil-Albert, secretario de los intelectuales de la República, es aristocrático. Guillermo Carnero es aristocrático.

Todo poeta sueña con escribir un poema que se convierta en anónimo, que esté en boca del pueblo. Eso es muy difícil para un poeta docto. Desde la cumbre en el

siglo XX apenas han llegado al pueblo dos o tres obras. *Platero y yo*. El *Romancero gitano*. La *Saeta* de Machado. Pero todos ellos son textos senatoriales. Un verso tan sencillo como *verde que te quiero verde*, un octosílabo popular, traducido a todas las lenguas del mundo, desde el japonés al finés, esconde un artificio muy refinado. No en vano es la epanadiplosis por antonomasia. Es extremadamente aristocrático. Sin embargo, lo han cantado rumberos flamencos y yo he visto a una multitud cantándolo y bailándolo en una discoteca. Intento decir que la manera mejor de llegar al pueblo es hacerlo desde la excelencia. *Vayamos hacia el Norte aunque sea dando la vuelta por el Sur*.

Hecha la defensa de la poesía democrática y aristocrática, no hace falta que diga cuánto me desagrada la poesía demagógica y oligárquica. He utilizado, y voy a seguir utilizando, vocabulario de las teorías de gobierno. Creo que todos comprenden lo que quiero decir.

Soberanía

Hay un pequeño ensayo titulado *Lo que entiendo por soberanía* de Jean Baudrillard. Recomiendo su lectura, no sólo a los politiquillos que manosean esta noción con sus fatigosas reivindicaciones. Baudrillard concluye: el soberano es el que dispone de su tiempo para sí. Eso es para mí un poeta. Encuentro recogida ahí la idea romana del ocio. El ocio sagrado. El tiempo literal-

mente libre. Lo contrario del negocio. Se desencadena la comprensión de todos los textos encadenados: *Feliz aquel que lejos de los negocios*, dijo Horacio. *Dichoso el que de pleitos alejado*, lo tradujo Fray Luis, para cantarlo él mismo en su oda a la vida retirada: *qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido*. Vicente Aleixandre confiesa «se me va el día en nada». Luis Antonio de Villena, en *Un arte de vida* propone «Vivir sin hacer nada y cuidar lo que no importa». Mucho repiten los poetas la palabra nada. Para nosotros educados en las paradojas y en los oxímoros, nada significa todo. Nada es uno de los nombres de Dios. Dios mismo no hace nada. Defiendo la vida contemplativa, porque acabo de defender al poeta como hombre de acción. Lo que no me interesa es la actividad tediosa del mundo. El poeta, interesado por todo, debe también exacerbar su desinterés. Nos entendemos. Cada cosa a lo suyo. Desinterés, para estar disponible.

La escritura misma puede convertirse en tarea que distraiga al poeta. Distingo poeta de escritor, como distingo poesía de literatura. El escritor vive para escribir. El poeta vive para vivir. Apenas la punta del iceberg de lo que vive asoma en sus versos. En Juan Gil-Albert, prosista minucioso que convirtió su vida en escritura, se aprecia constantemente al poeta. La frontera entre poesía y literatura escinde, pues, el campo de la poesía (donde hay mucha poesía retórica) y divide el territo-

rio de la novela (entre novela poética y novela retórica).

Fuera de los textos también se libra este combate. Literatura es igualmente el mundo literario, que muchos poetas frecuentan con dificultad. Premios, reuniones, comparecencias públicas, cenas interminables, todo son pruebas para el que prefiere la soledad o las reuniones íntimas. Me gusta imaginar que el poeta pasa por todas esas pruebas como hacen los lugareños de algunos pueblos, cuando pisan sobre brasas, rápidos, descalzos, sin quemarse. El poeta debe volver ileso del mundo literario.

El poeta no teme al fracaso ni al silencio porque él mismo vive muy cerca de la nada. *O mon silence*, exclama Valéry.

Además, la poesía es muy anterior a la literatura. Fue oralidad, canción. Se sirvió de la música, hasta el punto de que los poetas antiguos la componían, al tiempo que preparaban hasta los movimientos de los bailarines. Se sirvió de la escena teatral. Se sirvió de la escultura y de la arquitectura para grabarse y exponerse públicamente. Ahora circula en gran medida otra vez en la música, en el cine, en la televisión, en los muros, en la pantalla de *youtube*. Durante siglos la poesía se ha servido de la literatura, pero no le es consustancial. Hablemos teológicamente, que hasta ahora no lo hemos hecho: la poesía no es una hipóstasis de la literatura. La

poesía puede vivir sin literatura. En un futuro más refinado o, como me temo, más bárbaro, habrá poesía sin literatura. La humanidad ha podido vivir sin literatura, pero no puede vivir sin poesía.

¿Habrá que recordar que Sócrates y Cristo no escribieron? No menciono a Buda, porque Oriente me es muy desconocido. Los tres fueron poetas sin serlo. Se desentendieron de la escritura. Dejaron que otros anotaran sus palabras. El problema del poeta contemporáneo es que él mismo tiene que ser *ese otro que anota*. Debe escribir, porque él es uno de aquellos que no escriben. La mejor garantía para la perduración de las palabras es el desinterés por la escritura. Otros se preocupan de propagar las palabras muy bellas. Entre mi casa y la facultad, alguien había hecho una pintada sobre un muro con la inmortal frase de Cristo: «Al César lo que es del César».

Iluminado por estos altos ejemplos me gustaría explicar la actitud de dos poetas que son maestros para mí. Vicente Núñez y su conocido desdén por la poesía. La llamaba ramera, la acusaba de haberlo apartado de la vida. Lo interpreto como desdén por la poesía literaria, por la escritura. La poesía auténtica estaba en la vida, en los días prodigiosos. Tenerlo que anotar, aunque sea muy de vez en cuando, se hace verdaderamente enojoso, porque distrae. A Pablo García Baena, le pre-

gunté una vez por sus años de silencio. Casi todos los poetas a los que admiro se pierden en años, en décadas de nada. ¿Por qué? *Porque teníamos cosas más importantes que hacer.* Esa fue su respuesta. Digna de un poeta dedicado por entero a la poesía.

Esta soberanía sobre el tiempo y sobre los acontecimientos es fundamental para la posible soberanía sobre el lenguaje. Si el poeta no es señor del lenguaje, ¿quién lo va a ser? ¿El juez, el notario, el médico, el periodista, incluso el narrador? No. La única obligación del poeta, su única responsabilidad es el lenguaje y la vida, que son lo mismo.

La soberanía sobre el lenguaje es paradójica. Se alumbra en un combate cuerpo a cuerpo, brutal pero reglado, como lucha grecorromana. El cuerpo del poeta contra el cuerpo del lenguaje. Al lenguaje hecho cuerpo lo llamamos poema. En ese *wrestling* el lenguaje está casi siempre por encima. Lo está, desde luego, en el momento inicial, el de inspiración. Me gustaría pensar que en el poema, acabado y publicado, el poeta ha vencido. Se ha enseñoreado del lenguaje. Pero no es así. El logos vence siempre. Bastante tiene el poeta con ser un contrincante preparado, cuerpo a su altura, rival bien entrenado.

Por eso corresponde al poeta aceptar palabras. Tam-

bién rechazar. Es muy importante que los poetas digan no. Vicente Núñez me dijo: «he vuelto a rezar en latín. No acepto el nuevo padrenuestro». Teniendo en cuenta que el nuevo padrenuestro lo acababa de aprobar el Papa, nos hacemos una idea de la autoridad del poeta. Otro ejemplo, de alta exigencia, de soberanía en un ámbito senatorial: el emperador Tiberio pidió perdón al senado romano porque usó en su discurso dos palabras en griego (*monopolio* y *emblema*). Los poetas también deben enseñar a los ciudadanos a rechazar palabras, porque detrás de las palabras vienen las cosas, con todos sus males. Por eso es tan importante que haya poetas en la Real Academia Española. No para proponer palabras, como se nos cuenta. Para rechazarlas. Y debe haber poetas en el parlamento. No en el Congreso. Debe haber poetas en el Senado. Ser diputado es algo demasiado concreto —digámoslo así— para un poeta. Algo demasiado nuevo. Ser senador es uno de los destinos naturales del poeta. Rafael Alberti, cuando fue diputado, era un diputado senatorial. Carlos Barral estaba orgulloso de haber sido senador, lo incluía en su currículum literario. Aprendamos de la República Italiana, que nombra a algunos poetas senadores vitalicios, como Eugenio Montale y Mario Luzi. *Senator for life*, dice la biografía inglesa de Montale. ¿No es una buena perífrasis para poeta? Reformemos el senado, sí, pero para que entren los poetas y los artistas de todo signo, no sólo los sumisos a los partidos. Que oigamos dis-

cursos libres y bien escritos. Y que se vote así. También en eso la poética debe fecundar la política. Los poetas deben dar ejemplo a los ciudadanos. Ahora se presenta Álvaro Pombo como candidato al senado. Ya eso es mucho.

Cifra de humanidad

El poeta es una buena cifra de humanidad, un emblema de humanidad. Es probablemente uno de los pocos que pueden vivir humanamente. Con plenitud. Cumpliéndose. Imagino que los ricos de alguna manera y los pobres de otra tienen un desenvolvimiento similar. Eso me recuerda la vieja definición de la cultura literaria, la *humanitas*, como término medio entre la indigencia y el lujo. Que de ambos extremos debe participar simultáneamente. Así interpreto el término medio horaciano.

Es un destino, como lo es ser humano. No creo en la profesionalización porque creo que no debe ser un *cursus honorum* previsible. Los poetas jóvenes españoles pueden tener la percepción errónea de que la trayectoria de un poeta puede preverse así. Es todo lo contrario. En el arte, existen las jerarquías, quién va a discutirlo. Pero no son las mismas que las jerarquías sociales. Por eso el arte es uno de los factores de desequilibrio social, de reequilibrio. Un joven debe destemplan todas las tibiezas de lo establecido. Si se limita a subir una escala calculada, su

tiempo está perdido. No me importa hablar del lado revolucionario que tiene todo verdadero artista, siempre que aceptemos que el trastorno del orden social está encomendado a eros en su forma más general, del que forma parte la belleza artística. El trastorno que provoca el arte es congénito al arte mismo, al artista, independientemente de lo que éste *diga* en su arte. Por supuesto, poco tiene que ver lo que exprese como ciudadano. Vamos a usar categorías anacrónicas: incluso un reaccionario resultará revolucionario, por el hecho de ser poeta. No podrá evitarlo. Mejor dicho: subversivo.

El poeta puede serlo de manera íntima, pero también necesita serlo de manera social. Tomé la decisión de serlo públicamente en 1992, fecha algo tardía. La Universidad de Salamanca conmemoraba el bimilenario de Horacio. Una amiga me presentó al poeta Francisco Castaño. *Este es Juan Antonio*, que es... *medio poeta*. Se refería a realidades lejanas, como aquel pequeño premio o los poemas en revistas. Me di cuenta de que no podía seguir así. O poeta o no. No dedicación exclusiva, pero sí primacía. Por encima de la profesión (del trabajo que tenga), pienso que un poeta debe tener claro que esa condición es la primera. Hace unos años se publicó un manifiesto que pedía treinta y cinco horas de trabajo semanal. Entre los firmantes había dos poetas. Uno no firmaba como tal, sino con su cargo en un sindicato. La otra, que era Gloria Fuertes, sólo ponía: poeta. Esa peti-

ción, hecha por un sindicalista, apenas significaba. Firmada por un poeta dice mucho. Sin necesidad de haber escrito sobre ese asunto, el poeta moviliza de pronto toda su obra, su nombre, su prestigio, la condición misma de creador, para impulsar ese cambio.

En la modernidad quedan muy pocas personas que tengan destino, que puedan sentir la plenitud de cumplirse. Según un breve epigrama latino, curiosamente anónimo, *Hay cada año cónsules y procónsules nuevos. / Sólo un rey o un poeta no nacen cada año*. Desde el otro extremo, Manuel Vázquez Montalbán, en un descanso en el interior de Mallorca, me contó la teoría de alguien, algún alemán, que decretó que hay o uno o dos poetas por nación. Es imposible tomar al pie de las letras semejantes restricciones. Debemos entenderlas como símbolos que apelan a la calidad. Exigencia en cada uno de los poetas, que debe ser entendido como único.

Que sea un destino no quiere decir que no se pueda aceptar o rechazar. El mito platónico de la *anamnesis* nos permitía elegir nuestro destino. Funciona por negación: un poeta puede dejar de escribir poemas. Alguien que no es poeta puede escribir poemas. El primero no dejará de ser poeta. El otro no lo será.

Por todo lo dicho hasta aquí, prefiero los artistas selectos a los gregarios.

La precaución platónica

Invocar simultáneamente a Platón y a Aristóteles habría supuesto en otras épocas incurrir en incompatibilidad, pues sus correspondientes adjetivos troquelaban dos modos de ser. Pero nuestro momento los superpone como puntos en el espacio. Que la perspectiva aristotélica nos sirva para escuchar a Platón como discípulos atentos.

Entre las formas de la locura Platón enumeró los filósofos, los enamorados, los adivinos, y los poetas. ¿Qué poeta, qué ser humano, no participa de alguna de estas locuras? Mi hipótesis es que cada uno de nosotros experimenta al menos dos simultáneamente en cada momento de su vida, pero que van cambiando. Podemos pensar cada uno cuál tenemos ahora mismo. Yo, que ya estoy consumiendo el turno de poeta, debo reservarme otro al menos. Y aunque quisiera el de filósofo, elijo la locura del enamorado, aquel que según las palabras con que Sócrates instruye a Fedro, *a manera de pájaro, desprecia lo de abajo*. Todo Lorca está comprendido en esta explicación. Hay seres humanos que están hechos para el trabajo, para el poder o para el dinero. Otros están hechos para el amor, como el tigre que viera Norah Borges. Ojalá no resulte pretencioso al numerarme entre estos últimos. La poesía es el logos que da la medida del eros, espiritual o corporal, qué más da, a esta altura. El entusiasmo del amor es el mismo que

nos dicta un poema. El poema, trate de lo que trate, en sí mismo es amor. Me tranquiliza pensar que el Fedro platónico versa al mismo tiempo sobre el amor, sobre la inmortalidad del alma y sobre la inspiración poética.

Siendo, como se ve que soy, un platónico convencido, he intentado encontrar soluciones a un problema con el que todo poeta occidental va a toparse: el destierro ideal de la República platónica. Naturalmente, la primera es recordar que el propio Platón es un poeta. No por su obra en verso, que no era de gran calidad (lo poco que conservamos así lo atestigua). Es poeta porque él es el mayor y mejor forjador de mitos: el de la caverna, el del andrógino, el del carro del alma. Y porque escribe espléndidamente.

La segunda solución la ofrece el propio Platón. Establece que se debe vigilar a los forjadores de mitos, por «el tejido de falsedades que presentan los poetas ante los ojos de los niños». Eso significa que el mal viene de la ficción, los desterrados deberían ser ahora algunos novelistas y algunos cineastas, si no algunos autores de literatura infantil. Ahora bien, el destierro de los poetas tiene excepciones: *sólo admitiremos en nuestro Estado los himnos a los dioses y las alabanzas de los hombres buenos*. Sin ser haberme planteado estos propósitos –no todo ha de ser consciente– constato que he sido un poeta hímico. Y he alabado. Puesto que también he renun-

ciado a la ficción y a sus males, creo ser merecedor de la absolución platónica. Y me reconforta que Platón declare literalmente que la poesía es agradable y beneficiosa, tanto para la organización política como para la vida humana.

Queda una tercera solución, extrema. En su *Historia de la filología clásica* anota Pfeiffer: en el Estado ideal platónico *los ciudadanos son perjudicados por los poetas. En consecuencia, tienen que ser expulsados*. Gracias a ese afortunado fallo de sintaxis, pude imaginar que son los ciudadanos los que deben ser expulsados de la *polis*, mientras los poetas se quedan con el Estado.

Pero cuando oigo a los poetas expresar sus opiniones políticas con descaro (y lo que es peor, cuando me oigo a mí mismo), recuerdo la expulsión platónica, que ahora debemos ver simplemente como *precaución platónica*. Me recuerdo: cuidado, recuerda que quien lanza semejantes audacias es un poeta. Recuerda, si las lanzas tú, que eres un poeta. Por supuesto, hago extensivo esto a otros gremios artísticos. Tampoco hemos de interpretar literalmente. Yo lo he tomado como un aviso. En *Eros es más* conté que un asunto que me había obsesionado durante años ocupaba en el libro un sólo verso. De once sílabas. Esa compresión máxima es algo que no se encuentra en el columnista que literalmente puede desahogarse a diario. Ni en el intelectual o el ensayista. Pe-

ro el poeta tiene otros ritmos. Su atmósfera es otra. Sus condiciones de presión también son distintas. Así que hierve a otra temperatura. ¿Cuál era mi endecasílabo? Luis Antonio de Villena lo desveló al presentar el libro en la comida de Loewe, ante ministros, presidentes autonómicos y algún expresidente del gobierno. Era «la situación incierta de mi patria». Tardé años en poder escribir con naturalidad la palabra patria, que sentía prohibida por poderes invisibles. Después de todo ello, constato la dificultad de decir poéticamente mis preocupaciones políticas, que son muchas.

Considero que, como mínimo todas las posiciones del arco parlamentario son legítimas para los poetas, no sólo las de medio arco parlamentario. Por supuesto, también las de la calle y las alternativas y hasta las extremadas. Pero siempre que las oigamos, debemos discernir si las dice el poeta, si las dice poéticamente, y si no estará repitiendo algo ya dicho por otra persona menos inteligente, menos sensible o menos preparada que él. Ha quedado ya claro que no descarto la intervención política de los poetas. Todo lo contrario. ¿Compromiso? Sí, para quien lo quiera. Pero no-compromiso también, pues la mayoría de los grandes poetas escribieron antes de que se alumbrara esta noción. Y habrá muchos poetas cuando esta idea sea olvidada. En ningún caso acepto la servidumbre de la poesía a discursos de menor rango que el poético, como son las consignas

o las imposiciones de partidos o religiones, si es que ambos no fueran lo mismo. Creo en el poeta como espíritu selecto, si me permite usar el bello anacronismo de Mandelstam. Añade enigmáticamente que los espíritus selectos apetecen la unidad.

En mi caso particular, aplico una segunda precaución, no sólo para la política. Me recuerdo a mí mismo que con diecisiete años me matriculé en filología clásica. Y no lo hice porque buscara una rara erudición, sino porque aspiraba a educarme como un griego y un romano de la Antigüedad.

La interferencia mediática

Pienso mucho en los factores que disturban la escritura poética. La nitidez que detectamos en las líneas de los grandes poetas del pasado tiene mucho de limpieza ecológica, de ausencia de ruido comunicativo. Nuestros poemas, los míos, han sido escritos mientras había finales de Gran Hermano, tertulias espantosas en la televisión, discusiones a gritos, que, si lo tengo que repetir en términos horacianos, muestran la profunda vulgaridad de nuestra época. Y no parezca que quiero distanciarme. Ya hace años, en un encuentro en Verines, defendí una poética que abarcara *desde Aristóteles hasta el canal Mosaiico*. Estas mismas líneas han sido escritas bajo los efectos de un constante *zapping* televisivo en el que pueden haberse mezclado tantas secuencias como líneas. He vis-

to anuncios de las pilas Duracell, pero también un espléndido discurso de Bill Clinton felicitando al Rey Juan Carlos por su septuagésimo cumpleaños. Horacio, Virgilio, Dante, Francisco de Asís, no tuvieron que ver *Identity* o a Boris Izaguirre, ni mucho menos comprobar que los escritores mediáticos desplazan a la alta poesía de los estantes.

Cuando uno degusta un texto compuesto en las épocas poéticas de la humanidad, percibe una nitidez que de momento doy por perdida. Se nota en Píndaro que no había *youtube* ni *blogs* en su época. (Aunque también Píndaro y Shakespeare se reciten en *youtube*). Leer la Bucólica IV de Virgilio es como beber un trago de esa agua mineral que los japoneses se hacen traer de los últimos icebergs incontaminados. Esa pureza casi cosmológica tiene algo de la nada o del todo que tanto buscamos.

Autorretratos

A diferencia de la poética escritas por filósofos, las de los poetas son una de las formas más sutiles del autorretrato, encriptado entre tautologías.

He sido el responsable de las portadas de mis libros, siempre que he podido. Para *Esto es mi cuerpo* elegí una fotografía con la que había hecho una obra en París. Era un retrato mío, desnudo de cintura para arriba. La pose quería repetir alguna de las de Mishima, que es

uno de mis escritores y uno de los protagonistas del libro. Se había publicado antes en una postal que yo mismo edité en París, *Ceci est mon corps*. Para el libro, el editor me decapitó. Hizo bien. Sin cabeza, sin cara (que es la heredera del alma) se manifiesta mejor el cuerpo. Me parece que el cuerpo no incluye la cabeza.

En *Un ángulo me basta* tardé en encontrar un ángulo visible. Lo tenía muy cerca, fotografié el ángulo que formaban dos de las ventanas de mi estudio, en la esquina que casi vuela sobre el Tormes.

Más problema me dio *Eros es más*. Eros es tan abstracto y tan concreto que no me satisfacía ninguna de sus representaciones tradicionales. Se terminaba el plazo que me dio el editor para enviarle una ilustración. De pronto, vi un tronco que ardía en la chimenea. El tronco y el fuego eran representaciones tradicionales de *eros*. Lo fotografié.

El primer libro, que ganó el Premio Vicente Núñez, lleva una viñeta de Ginés Liébana, acorde con la armonía estética del Grupo Cántico, que representa un inusual centauro. Ambas señales, la de Cántico y la del centauro, me parecieron buenas.

No encuentro otro lugar para dejar constancia de que he escrito la palabra Dios en varios poemas. En cada uno

de los libros. Dios no es patrimonio de las religiones. Antes del cristianismo usaron esa palabra Esquilo, Sócrates, Platón, Cicerón o Séneca. Sus idiomas son el nuestro. No es una palabra incompatible con la modernidad.

En definitiva

La poesía nos libera de las ataduras del tiempo y del espacio de una manera física. Nos hace vivir en nuestra época, pero también nos recuerda que podríamos haber nacido en cualquier otro momento del pasado o del futuro. En cualquier otro país, con cualquier otro idioma. También nos libera de nuestra edad. Nos hace viejos, maduros o jóvenes en cualquiera de las edades de nuestra vida. Nos hace humanos sin más. Una de las mejores cosas de ser poeta es que uno recibe recompensas y honores por reconocer que no sabe. A veces los premios son tan grandes como los que reciben quienes han hecho grandes descubrimientos. Yo no sé muy bien cómo se escriben mis libros. Recuerdo haber escrito muy pocos poemas. Algunos, como «Exceso de vida», los vi ante mis ojos de un tirón, en apenas un rato. Otros tomaron su tiempo. «Octubre, mes sin dioses», me llevó varios octubres. No varios años, porque está escrito íntegramente en distintos meses de octubre. Pero es obvio que a veces hay que esperar mucho. Soy en principio contrario a los encargos. Las invitaciones, en cambio, pueden dar frutos inesperados. Dos de los poemas que más me gustan los escribí por sugerencia ajena. El poema «Acepto que be-

lleza» surgió de la idea del milagro, a la que la revista *Salamanca*, dirigida por Ana Santos y Pedro J. Miguel, iba a dedicar un número monográfico. «Olímpica tercera» nació de la insistencia de estos mismos editores para que celebrara la hazaña de David Cal. Los dos son poemas que siento como míos, tanto que el primero es un poema de amor. Pero la llama inicial la prendieron otros. Bien mirado, con la suficiente distancia, la llama inicial la prende siempre otro, aunque no siempre se le pueda poner nombre.

Pocas preguntas desconciertan tanto a un poeta como esa de qué está haciendo o qué va a hacer, porque ni él mismo lo sabe. A mí cada libro, cada poema, me ha parecido el último. Y no llevo mal la idea de no volver a escribir poesía. Al contrario, me asustaría la posibilidad de estar hasta el fin de mis días produciendo continuamente poemas, por muy sentidos que fueran.

Me situé bajo el signo de Horacio al principio de estas palabras. Sus versos, que inmortalizaron el nombre de Mecenas, consagraron el mecenazgo como actividad no sólo literaria, sino poética. Gracias a la Fundación Juan March. Gracias a ustedes.

Salamanca, 12 de enero de 2008

SELECCIÓN DE POEMAS



OLÍMPICA PRIMERA. NADADOR

A Martín López-Zubero

*El agua es bien precioso,
y entre el rico tesoro,
como el ardiente fuego en noche oscura,
así relumbra el oro*

...

*así es más excelente
la olímpica porfia
de todas cuantas canta la voz nuestra*

Fray Luis de León,

Traducción de la *Olimpica I* de Píndaro

*¿Qué es aquello que Píndaro dice en su alabanza?
Recuérdamelo, si lo sabes. Es cuando dice que el
agua es lo mejor, y a continuación ensalza el oro,
acertadamente, en el comienzo de la más bella de
sus Odas*

Luciano

Oro te muerden en tu freno duro

Luis de Góngora

Αριστον υδωρ. Lo mejor el agua.
Y en la retransmisión televisiva
tú vas rasgando su precisa seda,

la furia de tus manos va quebrando
claror en esmeraldas, en espumas,
cristal del que huyen pájaros y tigres.

Intercontinental tibio misil
–intangible en el silbo de su vuelo–
trayectas el océano en rectidumbre.
Seminal como miembro decisivo
tu certidumbre engendra en el azur
feliz bullicio de constelaciones.

Pie mercurial y alado, el cuerpo es curva.
Un embrión instantáneo que interroga
y replica ya sólo con contraria
propulsión amorosa hacia el futuro
de aquel coral oculto masculino.
¿Dónde aleta o timón tan firme y leve?

Ahora
ungido con el óleo victorioso
Emerge
el torso tatuado en transparencia
del Caribe en azul prisma cautivo.
Ahora en el nacimiento es cuando bate
plusmarcas de hermosura cada músculo.

Rompe al nacer la tela de las olas,
haz del agua marina albornoz breve

y eleva tu mirada. Es cierto. Sí.
Digitales los números fulguran
para ti sus centésimas triunfantes
en la pantalla citius altius fortius.
Es tu crono aún menor que tu cintura.

[Entrevista en *flash back* intrascendente.
Yo gozo tu español balbuceante,
tu tremolar de sílabas que tiene
genuino sabor americano.]

Ceremonioso ante el anciano inclinas
la preciosa cabeza de recluta,
de potro que después de la carrera
recibe la áurea brida en mansedumbre.
Oro te muerden en tu freno duro.
Oro relumbra entre los pectorales.
Oro en custodia sobre la loriga
palpitante y suave de este héroe.

Asciende el cuerpo que eres. La belleza
te muerde los tobillos en el podio.
Alzas el brazo que en la piel exhibe
rayo solar por única pulsera.
Saludan los soldados. Los ancianos
reverencian el cetro que perdura
y mueren por cercar la anchura espléndida
de tu espalda y en un largo gemido

ser el niño y el hombre. Pero ahora
eres sólo la música que da nombre a tu patria,
a la tierra que fue del padre de tu padre
y en la conflagración de tantas destrucciones,
del amor declarado como una gran batalla,
tú, príncipe oceánida, tentación de los dioses,
atleta de los émbolos, de los muslos gemelos,
feliz, triunfal, infante sorprendido y acuático,
sincronizada toda tu hermosura, sonrías.

(De *La hermosura del héroe*)

PROFECÍA DE TU PIEL MARAVILLOSA

Aunque nada sostiene la esperanza que canto
yo sumo aquí las sílabas del amor que te tengo
casi a tientas y pido que su fuego y su música
prendan el ruiseñor prisionero en tu torso.

Creo en un día soleado, mi esperanza lo siente
o lo quiere o lo teme o muere porque sea
cercano al fin sencillo como el puño de un niño.
Creo en el día luminoso en el que tú te rindas.

Podré atenerme entonces a tu piel verdadera.

Serás tú convertido en materia dulcísima.
Serás tú bajo forma de la forma preciosa
de tu cuerpo, en especie de sol y de hermosura.
Serás los treinta y siete grados maravillosos
que tu temperatura imprimirá en mis labios
y tu cuerpo será la mejor certidumbre.

Tú lo curarás todo, todo lo harás volverse
ceguera y luz de amor en la memoria nueva.
Las tardes solitarias, la verdad de las lágrimas
serán tan sólo suma de amor deslumbradora.

Fulgará tu peso sobre mí repartido
miembro a miembro sellándome con tu forma adorada,
y el esplendor que irradian todas tus proporciones
traspasará los límites de mi piel hasta hacerme
hermano para siempre de la hermosura tuya.

En tu gemir rendido y en tu animal furioso
me será revelada la luz de tu persona.
Tu forma de abrazarme y el modo de tus besos
darán sentido al nombre que te dieron tus padres.
Y yo que no soy nada probaré la ternura
que tienes cuando entregas tu ejército vencido.

Pero antes, antes, antes, abriendo, inaugurando
más bello y silencioso que los amaneceres
de la historia del mundo, no sé de qué manera
tú me dirás que sí y me darán tus ojos
la entrada, y lo que era a fuerza de soñarte
pelo tuyo, ojos tuyos, ojalá que no haya
nada tras el instante en el que tú te entregues.
No prosiga la vida su tejido confuso.

Entonces será dulce temblar ante tu piel
y morir, y acercarme, y sentir solamente
esa extensión suave de Dios entre mis manos.

(De La hermosura del héroe)

DÉJAME QUE TE ABRACE, AHORA QUE TODAVÍA

Déjame que te abrace, ahora que todavía
tu piel no lleva escritas las mentiras del mundo
y tus labios son sede sólo de la hermosura.
Porque sólo he querido ser bueno y verdadero
y tú puedes hacerme, déjame que te abrace.

(De Esto es mi cuerpo)

LOS AMIGOS DEL CUERPO

Casi como oración
sumo sus nombres.
Estos son (y no todos)
los amigos del cuerpo:
Los esquimales. Isla Correyero
por tantas líneas tuyas, como ésta:
«en el iglú los esquimales arden».
Los animales todos, y los astros.
Los albañiles. Tantos como son
superficiales y/o espirituales.
Vicente Núñez, espiritual.
El que una tarde dijo *esto es mi cuerpo*,
y más exactamente, en el instante
que Durero recoge en dos grabados.
(También en la mañana, de otro modo
indescifrable, cuando pronunció
no me toques.)
Silvano, que está escrito
en su nombre.
Yukio Mishima,
escrito en la palabra samurai.
Walt Withman, que está aquí.
Félix González-Torres
que hacía los retratos de los hombres
con su peso ideal en caramelos.
Los poetas (no todos), el que un día
anotó que alguien se tendió en la playa

en los huecos dejados en la arena
por los veraneantes más hermosos.
Los *gipsy*, el jovencito que en la boda
gitana de París, en el hotel
Meridian, por espléndidos salones
paseaba solitario y no llevaba
bajo la americana más que el torso.
Los adolescentes
que desgarran sus ropas,
y misteriosamente su egoísmo infinito
se transmuta en entrega.
Los gimnastas, que dejan
las horas de sus días entre máquinas
extrañas, fabricadas en lugares remotos
para gloria del cuerpo (no del suyo
o no sólo del suyo).
Marguerite Yourcenar
que alteró su apellido Crayencour
en monograma de delicadeza
oriental, solamente
por el placer (nos cuenta) de la Y griega.
Las mujeres objeto y los hombres objeto
que ofrecen perfección, felicidad
efímera y sabemos
que es incierta, y por eso es más cierta y humana,
(y por eso, aunque anónimos
y menores, son dioses).
Los exhibicionistas, los *voyeurs*.
Nuria en la tarde de las Tullerías

Mis amigos.
I pompieri, che sono gli eroi di oggi.
Los que en las bibliotecas se distraen.
Los fotógrafos.
Los que son el amor y la mirada.
Henry de Montherlant, admirador
de los atletas y los boxeadores,
atleta y boxeador.
Homero que utiliza
una sola palabra para la piel y el cuerpo.
Francis Scott Fitzgerald,
cuando vio al que tenía
un cuerpo más moreno y musculoso
que el de Dick, cuyos músculos
resaltaban
a lo largo del cuerpo como nudos
en una soga.
Cyril Connolly, claro
como los epicúreos.
Elena Ferrer
que en el metro decía que notaba
debajo de los trajes
la tensión en los músculos
de cierto tipo de ejecutivos.
Píndaro, inalcanzable como el fuego.
Martín López-Zubero, sonriente
en aquel podio, tímido
ante la única gloria que perdura
más allá de la muerte.

Niki de Saint-Phalle,
que fue retratada radiante y futura,
y anota lo primero en su currículum
que en Estados Unidos, de pequeña,
las monjas avisaron a sus padres
que necesitaría tratamiento psiquiátrico,
y después ha hecho labios y sexos que se mueven
y ha traído el color, la inocencia y el agua.
O Marguerite Duras,
que declaró que hubiera preferido
ser puta, y no escritora.

(De Esto es mi cuerpo)

ELEGÍA 2

No sé por qué no puse este amor en silencio
sobre tu piel como una catenaria de plata
que rodeara las tersas arterias de tu cuello.
No sé de mí siquiera si estaré tatuado
en los hondos momentos de tu melancolía.
No sé por qué me cuesta escribir que te quise
tanto que a veces lloro las letras de tu nombre,
que al recordarte siento el dolor verdadero
de lo irrecuperable. La tristeza infinita
de que tú el más radiante muchacho de la tierra
viniste desde lejos a dormir a mi lado,
te quitaste las ropas del verano con torpe
normalidad (tu cuerpo era más rubio y fuerte
de lo que yo soñara), y, mirándome puro
con aquellos dos ojos, cuyo color declaro
que se ha desvanecido de mi pobre memoria,
en un sencillo anuncio de la noche inconsciente
He traído un pijama de boxeador, dijiste.

(De *Esto es mi cuerpo*)

NO SERÉ NUNCA UN LÍDER

No seré nunca un líder. Pero a cambio soy el amor, lo elemental, la suma del equilibrio y el desequilibrio, el sueño que se cumple. De las formas de destrucción prefiero el fuego, o su alta forma, la aniquilación. De los signos que son inteligibles descifro solamente los del tigre. Aquí en el corazón lo traigo todo. Soy verdadero. Admiro a ciertos seres como 106 Kid, tapicería vaquera. Me enamora cómo silba frente a las fuerzas de orden. Y desnudo. En los ratos de encuentro con mi especie consumo hermosos desnudos que se reflejan en mí, que me deslumbran del mismo modo que deslumbra toda contraprogramación. Así estrangulo a este tangente atleta en un abrazo hecho de fuerza, para compartir con él la auténtica inmortalidad, la que sólo el amor confiere. No tenemos ya costumbre de nombrar así al amor pero yo anuncio que es exactamente eso. Me complacen

sus bíceps, aunque no más que los míos.
Es para mí. Yo soy para mi amado.
Él es mi holografía acariciable.
Cresco en su piel. Recorro su latissimus
dorsi, siento el vigor de su carótida.
Somos dos animales del verano.
Simétricos atlantes, sostenemos
el dintel transparente del futuro.
Engendramos mejor que los que engendran.
La brisa del Espíritu nos mueve.
Somos el álamo y el río que fluye.
Somos la lluvia, sí, somos la lluvia.
Nosotros somos la naturaleza,
y una sola palabra de los príncipes
destruye toda la sabiduría.
Una sola palabra de los príncipes
declara inexistente el universo.
Amo la tradición, sueño de un sueño.
Mi beso es más potente que cualquiera
de las sentencias o las leyes porque
es una unión que modifica el cosmos.
Mi instinto puede más que cualquier libro.
Soy poeta en el silencio del abrazo.
El amor masculino es intocable.
Somos iguales. Nuestros cuerpos tienen
0% de materia grasa.

(De *Esto es mi cuerpo*)

DEL LADO DEL AMOR DUERME MI CUERPO

This is a puzzling poem

G. Williams, sobre la Oda III 2 de Horacio

Del lado del amor duerme mi cuerpo
desde niño. He cumplido
30 años. No escribo mi futuro
ni mi pasado. Sea
la medida de todo el corazón.
He cumplido también sueños y miedos.
Sea también. He pisado
un septiembre de lágrimas, amargo
como frontera atrás, como vendimia
irremediable. Y eso era el dolor.
Ahora he comprendido
que es necesario el ciervo, y es necesario el tigre.
Afirmo todo aquello que negué.
Cómo me salvaré sino queriendo.
He tenido al que fui
con 19 años en mis brazos
y lo he visto feliz. He percibido cómo
mi cuerpo transmitía
esa felicidad,
que iba de mis labios a sus labios,
de mi torso a su torso, de mi piel a la suya.
Sé que los iletrados y los tímidos
conocen la verdad. Pierdo mi tiempo

dejando este reguero
largo de sílabas, porque movido
a resplandor, resuelto
en poema, será
inapagable luz
que llegará algún día
hasta el oscuro centro de tus ojos.

(De *Esto es mi cuerpo*)

LA CANCIÓN DEL VERANO SUENA MÁS QUE LA
ENEIDA

para Jaime Siles

La canción del verano suena más que la Eneida
y en vano –Cioran dice– busca Occidente una
forma de agonía digna de su pasado.
Pero así están las cosas, y no tienen
vuelta
ni las generaciones ni las hojas
de los hombres.
Tristeza de saber que no regresaremos
a la ternura, la serenidad,
al fulgor de Virgilio.

Aquel verano
bailábamos oscuros bajo la noche sola.

(De Esto es mi cuerpo)

NÚMERO 112 DE UNA AVENIDA NUEVA

He venido poniendo mis pies sobre tus pasos
como animal perdido, a zaga de tus huellas
para ver dónde vives, y envidiar las paredes
y así de humildemente numerar con caricias
de torpe enamorado los ladrillos que guardan
tu hermosura invisible. He llegado hasta este
número 112 de una avenida nueva
en un barrio perdido, respirando las horas
de madrugada oscura. Para hacer qué, ¿pulsar
todo el cuadro de timbres, como el adolescente
que no fui, despertar muchedumbres, y sólo
por dejar en tu sueño la señal de mis sueños?
¿O quedarme dormido sobre la dura almohada
del umbral que traspasas a diario, esperando
que el sol naciente sea el que me cure y traiga
el milagro a mis brazos, tu cuerpo bienungido
con este mismo vino que me asedia las sienes?
Quiero entrar en las lágrimas del que se sabe pobre,
porque no altos regalos ni guirnaldas triunfales
ofrezco, sino sólo despojos de despojos
de amor, de puro amor, otra vez humillado,
aunque en el limpio espacio comunique los astros
y me mueva (¿y te mueve?). Tengo miedo a perder
la ebriedad de la noche de los párpados. Quiero
seguir siendo inocente después de que amanezca.

(De Esto es mi cuerpo)

TÚ Y YO / LOS OTROS

No comprendo sus ojos ciegos a la belleza.
No tiemblan en el claustro incendiario, en el ápice
donde se desintegra lo que existe y el mundo
inclina su hermosura hacia el desequilibrio.
Dios está dentro y fuera de este cuerpo que amo.
Es todo simultáneo. Mi sustancia es la tuya.
Escúchame muñeca, escúchame muñeco,
(copio esto de la radio, de un disc-jockey cualquiera,
mas no por ello debes despreciarlo): *your sweetness
is my weakness*. El mundo es hermoso y confuso,
no de otro modo puedo para ti por nombrarlo
darle orden, acepta el amor caudaloso:
sólo puedo apresar su esplendor y escribirlo
si utilizo palabras hermosas y confusas.

(De *Esto es mi cuerpo*)

QUE VIENEN EN SU CASO A SER CRUELES
SINÓNIMOS

Ahora que, otro milagro, los milímetros ponen
sus labios al alcance de los míos, un instante
–que le será invisible– detengo la secuencia
para gozar, sentir que me estaba muriendo
por probarle los dientes uno a uno, la forma
y el sabor, por tocar con la lengua despacio
el relámpago vivo, la sierra diminuta
con la que hiere al mundo cuando muerde o sonrío.

(De *Esto es mi cuerpo*)

EL RÍO, AL QUE LO AMA DESDE EL PUENTE...

El río, al que lo ama desde el puente,
le trae el otoño en islas repartido.
El oro se prodiga y da sentido
al mes, a su hermosura incandescente,

fronda a fronda prendiendo. Hacia poniente
corre la transparencia. Alto, aterido,
el álamo se mira. Y hay un nido
tejido junto al junco grácilmente.

Todo ahora fluye. Todo está en reposo.
(Ánade inesperado: cauteloso,
interfiere el cristal que se apresura,

para sumarse a su premura, para
ser gamuza impalpable que pasara
sobre la fugitiva plata pura.)

(De *Selva de fábula*, libro inédito)

AUTORRETRATO COMO ASCETA INCONSCIENTE

*Hoy beberé contigo en copa corta
el vino humilde que guardé hace un año
para ti.*

Horacio, traducido por Luis Javier Moreno

Desconozco las marcas de los vinos más caros.
Ungaretti es la única denominación
de origen que respeto.
Estoy entrenado para respirar aire.
He dormido en el suelo, he comido en el suelo.
Con un trago de agua mineral
honro a Píndaro. Expongo
mi cuerpo entero
a la temperatura diferente
de las cuatro estaciones.
Tomo mi vocabulario del atletismo.
No me enamoro de mi propio zeppelin.
He pedido limosna a las estatuas
muchas veces: estoy acostumbrado
al fracaso, aunque sé
que Juan Ramón Jiménez
no tuvo más sustancia que la que tengo yo.
Así de claro: tengo
una idea radical de libertad.

Igual que un poeta arcaico,
maldigo las monedas una a una, el dinero.
Igual que un poeta arcaico, sin embargo,
celebro la riqueza y la pobreza
porque son dones. Para leer a Horacio
un libro de bolsillo. Eso me basta.
Bibliofilia y tesoros, para otros.
Mis lujos se consiguen con dos euros.
El universo está pintado a mano,
asegura un rapero. Lo suscribo.
No soy un novelista. Yo no invento.
No puedo permitirme la mentira
en esta relación. Doy mi palabra.
Serenidad: un litro en mis arterias.
Algo hay
de revolucionario
en la felicidad del silencioso.
Me muevo en los extremos invisibles.
Algunos días tomo, para volver a casa
el camino más largo.
Otros días elijo diagonales.
Fuera de aquí no logro
explicarme. Además de torpe, soy
un asceta inconsciente.

(De Un ángulo me basta)

UNCONVENTIONAL EPICUREANS

para Paqui Noguerol
«Unconventional epicureans»,
Arnaldo Momigliano, *Epicureans in Revolt*

Pocos entre los pocos, raros entre los raros,
filosóficamente nos sentimos muy solos.
La puerta del jardín no la cerramos nunca
porque nos apasiona la política.
A mediados del siglo primero antes de Cristo
fuimos tiranicidas. En el nuevo milenio
no vamos a rendirnos a la melancolía
de otro siglo que adora los caóticos
ídolos de la sangre y de la tierra.

(De Un ángulo me basta)

ACEPTO QUE BELLEZA ES LA FULGURACIÓN

Acepto que belleza es la fulguración
natural de las cosas naturales.
Me digo que tus dientes mostrados en sonrisa
son eso. Que tus ojos me dan tanta dulzura
porque cumplen remotas instrucciones genéticas.
Que tu cuerpo de hombre con mi cuerpo de hombre
construyen un lugar necesario en el mundo.
Que nada extraordinario hay en dos que se aman.
Pero, cuando te abrazo una noche tras otra
y me encuentro tu pulso a oscuras en cualquiera
de los puntos que laten en tu cuerpo dormido,
cruza por mi cerebro la palabra milagro.

(De Un ángulo me basta)

ESTA MAÑANA SOY TAN AMPLIO COMO EL MUNDO

*para María Luisa Blanco
in angulo cum libro*

Esta mañana soy tan amplio como el mundo.
Me basta con vivir.
Me basta con el título de un libro:
trata de la dulzura
en el pensamiento
griego. Es
de Jacqueline de Romilly.
Yo tenía el proyecto de vivir junto al mar.
(*Dioniso navegando sobre un mar de dulzura*
estaba en las cráteras, sobre el nivel del vino).
Ahora he construido mi casa sobre un río.
De la belleza y las implicaciones
morales que comporta ver el agua que fluye
soy consciente. Del agua soy consciente.
Me basta con mirar. El título de este
libro, su contenido que equivale
a esta mañana. Leo. Acepto todos
estos regalos que nadie me ha hecho.

(De Un ángulo me basta)

LESS IS MORE

para Javier Rodríguez Marcos

He comido en un centro comercial
de diseño.

Sobre las cristaleras
–y grabados al ácido–
versos contemporáneos
en helvética *black*.

Me he sentado en un banco de madera de teka
bajo una hermosa línea de Vicente Aleixandre.

He mirado los límites del mundo:
un trapecio de césped y un óvalo de cielo.

El periódico dice que en verano
somos más vulnerables.

Otra vez sufro el vértigo
de lo heterogéneo. El oasis
es una tentación para el asceta.

He comido en un centro comercial.
Sólo he comprado zumo de naranja
y las obras completas de Epicuro.

(De Un ángulo me basta)

AY DE LOS QUE PROPONEN LA VIDA COMO UNA
OPERACIÓN INCESANTE DE CONOCIMIENTO

Ay de los que proponen la vida como una operación
incesante de conocimiento.
Los que pretenden imponernos su exceso y su tristeza.
Los que no se detienen.
No hay asunto incesante que no se llame vida
o simplemente amor.
Nijinski dice algo muy parecido a esto:
Las personas que piensan demasiado
acaban escribiendo
cosas absurdas sobre la belleza.

(De Un ángulo me basta)

LANZADOR DE MARTILLO

a Koji Murofushi

Más tarde haré el elogio de su genealogía.
Convertiré sus números, edad, peso y altura,
en hexámetros áureos. Pero en este momento
guardo en mi corazón para siempre el magnífico
gesto con que levanta los brazos y contempla
atónito la esfera de con el cable de acero
que porta lo mejor de su potencia, en busca
del impacto perfecto. Seguro del dictamen
mira a la multitud como un enamorado.
Su rostro irradia toda la arrogancia serena
exclusiva de estatuas colosales antiguas.
Y, mientras el clamor lo circunda, yo emprendo
una meditación en torno a lo inaudito.

(De Olímpicas)

OLÍMPICA TERCERA

a David Cal

La mañana es un reino diferente.
Otra temperatura y otra luz.
Temprano es la palabra. Todavía
el agua está mezclada con el amanecer.
El remo los remueve. La proa los separa.
Raras categorías alfanuméricas
organizan las clases de los competidores,
para hacer abstracción del onanismo
que llegan a exhibir los más audaces
entre los navegantes solitarios.
La canoa es concreta,
su material ultraligero acota una fracción de horizonte
que se puede tocar,
¿y quién discutirá que resulta atractivo
participar de la condición del centauro
montando una fracción de horizonte que avanza
imparable hacia el cruce
con la línea ideal, parecida al futuro
porque sólo es visible sobre la foto finish?
Energía del cuerpo: ¿y los que han madrugado
sólo para mirar? ¿No contribuyen
a deshacer los nudos de las ondas?
Pero el héroe los corta con su espada de nauta.
Estrictas son las órdenes que da la adrenalina:

desactiva bostezos, empuja la epopeya,
hace volar el torso como en algunos sueños
e ilumina la cara de los más contenidos.
Después de la victoria, por natural impulso
los versos se dirigen hacia *Crónica Regia*.
La Reina y el Atleta, aturdidos, despiertos,
intercambian saludos de animales insólitos,
de especies protegidas por la Europa ecológica.
El viento comunica sus cabezas cercanas.
Virtud propia de príncipes es la serenidad.
El triunfador, según el periodista,
no ha tenido problemas para dormir anoche.
Es serio, está llamado
a su propio interior. Entrenaba escuchando
rock urbano en formato mp3,
por horas infinitas.
En internet lo llaman un tímido de oro.
El *piercing* de su boca es un punto de acero.
Ama los monosílabos.
Es de un pueblo pequeño.

Cada día cargaba
con esa embarcación esbelta y frágil
y remaba en el mar de la monotonía
inconsciente, constante, lo mismo que el asceta
que reitera ejercicios para salir del mundo,
así durante meses, así durante años,

para llegar a esto,
a esta mezcla del chándal y el olivo,
a esta clara mañana
en la que está de pie sobre el mapa de Grecia.

(De Olímpicas)

EXCESO DE VIDA

Desde que te conozco tengo en cuenta la muerte.
Pero lo que presiento no se parece en nada
a la común tristeza. Más bien es certidumbre
de la totalidad de mis días en este
mundo donde he podido encontrarme contigo.
De pronto tengo toda la impaciencia de todos
los que amaron y aman, la urgencia incompatible
de los enamorados. No quiero geografía
sino amor, es lo único que mi corazón sabe.
En mi vida no cabe este exceso de vida.
Mejor, si te dijera que medito las cosas
(fronteras y distancias) en los términos propios
de la resurrección, cuando nos alzaremos
sobre las coordenadas del tiempo y el espacio,
independientemente del mar que nos separa.
Sueño con el momento perfecto del abrazo
sin prisa, de los besos que quedaron sin darse.
Sueño con que tu cuerpo vive junto a mi cuerpo
y espero la mañana en la que no habrá límites.

(De *Eros es más*)

EL REINO DE ADRIANO

«Se trata, sobre todo, de una teoría del conocimiento, del modo en que un hombre se sustrae poco a poco a las ideas de su tiempo, que rechaza.»

Marguerite Youcenar, [sobre Zenón], *Carta a Alain Bosquet*,

1 de enero de 1964

El reinado de Adriano
se parece al octubre que celebran
los japoneses. Pero la nostalgia
que siento de esos años no se debe
a la ausencia de dioses. Ni tampoco
al gobierno feliz de este monarca.
Ni a su cultura helénica, sus viajes
o la estabilidad de las fronteras
de su imperio. Percibo
aquello como patria,
como época propia,
porque intuyo que entonces no tendría
la sensación de exilio
creciente que despierta
en mí la época que me ha tocado,
la cultura angustiosa
dictada por algunos que no aman,
los intelectuales
de clase media, aquellos
que no son ni poetas ni filósofos,
el futuro nublado,
la situación incierta de mi patria.

(De *Eros es más*)

DEMASIADAS COSAS

para Christian Law Palacín

El asceta es consciente de demasiadas cosas.
Un exceso de amor lo amarra al mundo.
Cada casualidad se convierte en un vínculo.
Siente cada palabra, cada letra.
Se puede enamorar de una definición
encontrada al azar en cualquier diccionario.
A veces tiene miedo de que su corazón alcance el tamaño del
cosmos.

Por eso con paciencia va deshaciendo nudos.
Corta ataduras. Se le va la vida
en desentenderse.

(De Eros es más)

OCTUBRE, MES SIN DIOSES

Los japoneses piensan que éste es el mes-sin-dioses.
Lo celebran así. No aliteran octubre
con oro desprendido de los árboles frágiles,
ni con revoluciones que cambiaron la historia.
Octubre como tregua. Como ausencia de todo
lo que excede los límites. Así para nosotros
sea: liberación. Porque ya no se exhiben
los implacables dioses desnudos del verano,
los demasiados dioses, y falta todavía
mucho para que nazca el niño del invierno,
y más allá no alcanza la vista, desde este
mes de distancias, mes de lejanías,
imperfecto, logrado, fortuito. Que así
sea para nosotros. Sin los ocho millones
de dioses que se esconden en la ciudad o el bosque,
las escalas coinciden con nuestras estaturas.
Dejémonos llevar por los presentimientos.
Escribamos las cosas con las letras minúsculas.
Celebremos octubre por su ausencia de dioses.
Disfrutemos su nombre porque sólo es un número
de una serie trunca. Y olvidada. Es octubre.
Tenemos treinta días sólo para nosotros.

(De *Eros es más*)

ARTE DE TRADUCIR

Debemos celebrar las traducciones afortunadas.
Como el *Précis de décomposition*
de Cioran, convertido
en *Breviario de podredumbre*.
En momentos de máxima inseguridad cultural
el arte de traducir se convierte
en la última forma de conocimiento.
Ahora que la torre de la historia
sufre asedios que pueden ser los definitivos,
hemos de recurrir a los especialistas
y a quienes los traducen
sin prisa y con audacia
intuyendo el sentido final de los escritos.
Para comprender todo
lo que ocurre estos años,
basta con este libro
de Arnaldo Momigliano
que trata de otra época:
The Alien Wisdom, que alguien bellamente
ha traducido *La sabiduría
de los bárbaros*.

(De *Eros es más*)

CANCIÓN PARA PEDIR MÁS CARRIL BICI

Ir por el carril bici
persiguiendo
el origen del río
durante media hora,
paralelo a los peces,
paralelo
al piragüista
de torso grande
adelantarlo,
escalar hasta el puente
peatonal, transmutarme
en perpendicular
al agua
de Gredos por aquí,
dar media vuelta,
bajar formando parte
del viento, ser
tan físicamente
feliz, correr ahora
más rápido que el Tormes,
dejar atrás los juncos,
la lavanda, las sombras de las frondas,
los niños, los atletas,
la plata de los peces
y al tenaz piragüista.

Ir por el carril bici
durante media hora,
ser centauro recién
nacido, me parece
más de lo que merezco
en este día casi
víspera de septiembre.

Pero reclamo más.

(Inédito)

PALABRAS EN BURDEOS

para Nadine Ly

En esta misma plaza
pronunció Víctor Hugo su famoso
discurso Construyamos
los Estados Unidos
de Europa. Seamos juntos
la confederación continental.
Seamos la libertad.

Aquí en el atrio de esta catedral
primada de Aquitania
los monarcas franceses proclamaban
solemnemente Juro que seré
un buen príncipe y un señor leal,
y que defenderé
de force ou de tort
a estas gentes de todos los demás,
incluso de mí mismo.

Pero me quedo con la humanidad
del vagabundo, al lado
del McDonalds, diciéndole esta tarde
a su perro, en voz baja
y con mucho cuidado: siéntate.

(Inédito)

BIBLIOGRAFÍA DE JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS

I. POESÍA

LIBROS

- La hermosura del héroe*. Córdoba, Diputación, 1994
(Premio Vicente Núñez).
- Esto es mi cuerpo*. Madrid, Visor, 1997.
- Un ángulo me basta*. Madrid, Visor, 2002 (Premio
Internacional Generación del 27) .
- Olimpicas*. Almería, El Gaviero, 2005.
- Eros es más*. Madrid, Visor, 2007 (Premio Internacional
Loewe).

CUADERNILLOS

- J.A.G.I.*, Málaga, Centro Generación del 27, 1993.
- Más hermosura*, Centro de Estudios Literarios y de Arte
de Castilla y León, 2000.
- Vayamos hacia el norte aunque sea dando la vuelta por el
sur*, Zamora, La borrachería, 2001.
- Copa corta*, Badajoz, Aula Enrique Díaz-Canedo, 2001.
- Ha estado en la vendimia*, Murcia, Museo Ramón
Gaya, 2003.
- Poesía en el campus*, Universidad de Zaragoza, marzo de
2007.

EN REVISTAS

Milenrama 9 (2005) Páginas centrales dedicadas a J. A. González-Iglesias.

Golpe de dados 170, 2001 (Bogotá) (dedicado monográficamente a M^a Ángeles Pérez López y J.A.G.-I.).

Además ha publicado poemas en numerosas revistas, entre otras: *Clarín*, *Litoral*, *Revista Cultural*, *Batuecas*, *Renacimiento*, *Cuadernos del Sornabique*, *El Maquinista de la Generación*, *La Península Literaria*, *Babelia*, *ABCD las artes y las letras*, *El Cultural*, *Turia*, *La hamaca de lona*.

ANTOLOGÍAS EN LAS QUE ESTÁ INCLUIDO

GARCÍA MARTÍN, JOSÉ LUIS: *Selección Nacional*, Gijón, Llibros del Peixe, 1995.

CORREYERO, ISLA: *Feroces*, Barcelona, DVD, 1998.

SALVIATTI, FLORA: *Poeti Europei*, Roma, Centro Italiano Arte e Cultura, 1998.

GARCÍA MARTÍN, JOSÉ LUIS: *La Generación del 99*, Oviedo, Nóbél, 1999.

MAGALHÃES, JOAQUIM MANUEL: *Poesia Espanhola. Anos 90*, Lisboa, Relógio D'Água, 2000.

La Voz y la Escritura, Madrid, Comunidad de Madrid, 2001.

V Festival de Poesia de la Mediterrània, Mallorca, Fundació Casa Llorenç Villalonga, 2003.

ZΩNTANH ΠΟΙΗΣΗ/Poesía Viva, Instituto Cervantes Atenas, 2003.

- CONDE PARRADO, PEDRO, - GARCÍA RODRÍGUEZ, JAVIER, *Orfeo XXI, Poesía española y tradición clásica*, Gijón, Cátedra Miguel Delibes, Llibros de Peixe, 2005.
- VILLENA, LUIS ANTONIO: *Amores Iguales*, Madrid, La Esfera de los libros, 2002.
- MUNÁRRIZ, JESÚS: *Un siglo de sonetos en español*, Madrid, Hiperión, 2000.
- IGLESIAS, AMALIA: *Poetas en blanco y negro contemporáneos*, Madrid, Abada, 2006.
- SÁNCHEZ-MESA MARTÍNEZ, DOMINGO: *Cambio de siglo*, Madrid, Hiperión, 2007.

TRADUCCIONES DE SU POESÍA

Poemas suyos están traducidos al francés, inglés, italiano, portugués y griego moderno. Algunos en revistas o antologías citadas en esta bibliografía.

II. TRADUCCIONES REALIZADAS

- Ovidio, *Amores. Arte de amar*, Madrid, Cátedra, 1993 (1997, 4ª edición).
- Anónimos y menores: 12 poetas latinos*, Málaga, Llama de amor viva, 1996.
- Horacio, *Cuatro Odas*, Málaga, I. Miraflores, 1996.
- Catulo, *Poesías*, Madrid, Cátedra, 2006 (edición de J. C. Fernández Corte).
- James Laughlin, *The Love Poems /Poemas de amor*, Ourense, Linteo, 2007 (Con nota de Jacques Darras).

Stendhal, *Quién me defenderá de tu hermosura*, Valencia, Pre-Textos, 2007 (Con epílogo de Luis Antonio de Villena).

III. OTROS ESCRITOS

LIBROS

Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento,

Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994 (con Carmen Codoñer, eds.).

Estudio del género del diálogo en autores latinos tardíos,

Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001.

DE VILLENA, LUIS ANTONIO (ed.) *Alejandro de Villena*, Sevilla,

Renacimiento, 2004.

Epitafio del fuego. Homenaje a José Emilio Pacheco,

Salamanca, Fundación Salamanca Ciudad de

Cultura, 2006 (con Francisca Nogueroles Jiménez eds.).

ARTÍCULOS, PRÓLOGOS Y ESTUDIOS SOBRE

OTROS POETAS Y ARTISTAS

«'Casa de mi Señor' o *Domus Domini*. Un poema de

María Victoria Atencia a la catedral de Málaga»,

Analecta Malacitana 14 (1991) 362-373.

«*Exegi Monumentum Aere Perennius*. Una lectura desde

la estética postmoderna», en Cortés, R.,-Fernández

Corte, J. C., (eds.), *Bimilenario de Horacio*,

Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994,

385-395.

«La luz de Grecia sobre Aurora Luque», *La Trañña*.

- Revista de las Artes y las Letras*, 17 (1996), 5-15
(parcialmente recogido en *El agua en la boca* 5
[1998], suplemento de *Litoral*).
- «L'opera di Elena Ferrer/ La obra de Elena Ferrer»,
Senzatitolo, I Pasanti, Rovereto, 1996.
- «Un anno/luce. Un año/luz. Argi/urte bat», en
Asunción Goikoetxea, *Senzatitolo*, Trento, Galleria
Improvissazione Prima, 1996.
- «La otra paganidad de Luis Antonio de Villena.
'Asuntos de delirio'», *La Traiña. Revista de las Artes y
las Letras*, 19 (1997), 34-37.
- «*Métamorphoses* d'Ovide et *Lysistrata* d'Aristophane:
deux livres de Pablo Picasso», *Peinture et Écriture II*,
Université de Paris VIII, Unesco/La Différence,
Paris, 1997, 189-202.
- «¿También poeta menor? Los Epigramas atribuidos a
Séneca», *Séneca dos mil años después*, Universidad de
Córdoba, 1998, 405-413.
- «El triunfo del architexto», en Rafael Pérez Estrada, *El
levitador y su vértigo*, Madrid, Calambur, 1999,
204-224.
- «'No me hubiera importado ser Horacio'. Autorretratos
poéticos de Francisco Fortuny», en Miguel
Á. Márquez, A. Ramírez de Verger y Pablo
Zambrano (eds.), *El retrato literario, tempestades y
naufragios, escritura y reelaboración. Actas del XII
Simposio de la Sociedad Española de Literatura
General y Comparada*, Huelva: SELGYC-
Universidad de Huelva, 2000, 234-245.

- «Poesía en Palacio: José Ángel Valente, Antonio Gamoneda, A. Sánchez Robayna», *Noticias de la Real Biblioteca* 18 (1999), s.p.
(<http://avisos.realbiblioteca.es/?p=article&taviso=25&art=819>).
- «Introducción», en Gil-Albert, Juan, *Heracles. Sobre una manera de ser*, Valencia, Pre-Textos, 2001, 7-22.
- «El intertexto absoluto Optaciano Porfirio, entre Virgilio y Mallarmé». En Bécares. V., Pordomingo, F., Cortés Tovar, R., Fernández Corte, J.C. (eds.) *La intertextualidad en las literaturas griega y latina*. Madrid, Eds. Universidad de Salamanca- Ediciones Clásicas, 2000, 337-366.
- «Lo humilde y lo sublime. Apología de los caramelos», *ABC Cultural*, 10-2-2001.
- «Florencio Maíllo. La poesía de los paralelogramos», en Florencio Maíllo, *Persistencias-Resistencias*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2001.
- «Lograr el lenguaje» en Alfonso Canales. *Libros, vida, poesía*, suplemento de *La Opinión* de Málaga, 31.3.2002, 48.
- «Consecuencias futuras de la tragedia antigua», en Febres-Cordero, León, *Penteo. El último minotauro. Clitemnestra. Mata que Dios perdona. Olimpia. Nerón*, Caracas, Monte Ávila, 2002, IX-XV.
- «Agua o nada [Reseña de *Pendientes de la noche*, de Christian Law Palacín], *El País. Babelia* 26.6.2003.
- «Juan Gil-Albert. El Jardín. Homenaje a Epicuro», en VV.AA., *Centuria. Cien años de poesía en español*,

- Madrid, Visor, 2003, 225-233.
- «Borges, Lucano, Séneca y España», en Ruiz Barrionuevo, C., Noguerol, F. et al., *La literatura Iberoamericana en el 2000. XXXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Universidad de Salamanca. 2003, CDrom
- «El triunfo del epigrama (Chico Wrangler)» en Rossetti, A., *Poemas*, Zamora, Magua, Caja Duero, 2003, 25-29.
- «Un silencio combativo», en *Juan Gil-Albert. Cien Años de un poeta feliz*, *El País. Babelia*, 644, 27.4.2004, p. 2.
- «La estética disidente de un poeta pagano», en Villena, L. A. de, *Alejandrías*, Sevilla, Renacimiento, 2004, 8-27.
- «Nota, Prólogo y Bibliografía» en García Baena, *Va talando el olvido mieses altas*, Salamanca, Universidad de Salamanca-Centro de Estudios Literarios y de Arte de Castilla y León, 2004, 5-6. (recogido en *Casi un centenario, Homenaje a Pablo García Baena*, Córdoba-Sevilla, Plurabell, 2004).
- «Prólogo» en González Fuentes, J. A., *Atlas de perplejidad*, Barcelona, Icaria, 2004.
- «Eros, latín y heterodoxia», en *Renacimiento* 43-44 (*Homenaje a Vicente Núñez*), 2004, 81-85.
- «Don Quijote, poeta en acción», en *La razón de la sinrazón que a la razón se hace. Lecturas actuales del Quijote*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2006, 285-391.
- «Don Quijote en el horizonte clásico», *Impresiones sobre el Quijote*, Sevilla, Centro Andaluz de las Letras,

2006, 125-136.

«Dipingeva ortaggi come se dovesse fare un ritratto al re», *Il Corriere della Sera*, 4-11-2006, 41.

«La nave de los clásicos», *Mercurio* 85, 2006, 40.

«El significado de la altura en la última poesía de María Victoria Atencia», en María Victoria Atencia, *Poesía*, Sofía (Bulgaria), Proxima RP, 180-190. (2006).

Entre 1997 y 2004 colaboró asiduamente como crítico literario en *ABC Cultural* (1997-200) y en *Babelia*, suplemento de *El País*, (2000-2004). En ambos medios se ocupó de traducciones de los clásicos, de ensayos sobre la cultura occidental y, ocasionalmente, de poesía española contemporánea.

ENTREVISTAS REALIZADAS

Ha entrevistado en *ABC Cultural* a Antonio Colinas, Rafael Pérez Estrada y Vicente Núñez. Con M^a. Ángeles Pérez López ha publicado «Entrevista con Gonzalo Rojas», *La Estafeta del viento. Revista de Poesía de la Casa de América*, 3 (2003), 35-44

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA POESÍA DE JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS

IV. ENTREVISTAS A J. A. GONZÁLEZ-IGLESIAS

- MARCOS, ANTONIO en *Batuecas. Suplemento Literario de la España Interior. Tribuna de Salamanca*. Mayo 1997.
- LUZÁN, JULIA: «Gente con poesía [con Ángel González y otros poetas]», *El País Semanal*, 28.5.2006, pp. 64-74.
- ELGUERO, IGNACIO, - LOSTALÉ, JAVIER: [varias entrevistas], *La Estación Azul. Radio Nacional de España*.
- RODRÍGUEZ MARCOS, JAVIER: «Ovidio con iPod. La modernidad clásica de Juan Antonio González Iglesias obtiene el Loewe de poesía». *El País* 16.3.2007.
- FRESÁN, JAVIER: «Juan Antonio González Iglesias, una felicidad libre de euforia», *Clarín: revista de nueva literatura*, 69, 2007, 45-50.
- BERMEJO, TATI: «Los filólogos clásicos deben perder los complejos», *Tribuna de Salamanca, Suplemento Paraninfo*, 28. 6. 2007.
- MARÍN A., DIEGO: [Entrevista], *Diario La Rioja*, 14. 11.2007.
- JARAMILLO, CRISTINA, - OJEDA, ALBERTO: «XX Años del Premio Loewe de Poesía». *elcultural.es*, 22.11.2007.

<http://www.elcultural.es/Video/galeria.asp>

AZANCOT, NURIA: «J.A.G.-I.: Detesto la represión del erotismo», *El Cultural*, 27.12.2007, pp. 18-19 (al ser elegido *Eros es más* como mejor libro de poesía de 2007).

V. RESEÑAS

Los libros *Esto es mi cuerpo*, *Un ángulo me basta* y *Olimpicas* tuvieron reseñas en los principales medios literarios: *ABCD*, *Babelia*, *El Cultural*, firmadas entre otros por Luis Antonio de Villena, Antonio Colinas y Guillermo Carnero, y J. L. García Martín.

VI. OTROS ARTÍCULOS Y ESTUDIOS

BONILLA, JUAN: «Egavieros de Almería», *El Mundo*, 1.5.2005, p. 56.

ESCUADERO, ALBERTO, - ESCAPA, ERNESTO - JIMÉNEZ, JAVIER: *Escritores de Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León - Fundación Siglo, 2006, 127-130.

GARCÍA BAENA, PABLO: «La hermosura del héroe», en J.A.G.I. Centro Cultural Generación del 27, Málaga 1993 (reproducido en González Iglesias, J. A., *Poesía en el campus*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, marzo de 2007, pp. 7-8).

GARCÍA FERNÁNDEZ, EUGENIO: «Un saludo al héroe», *Poesía Por ejemplo*, 1994.

GARCÍA JAMBRINA, LUIS: «Poeta Olímpico», en González-Iglesias, J. A., *Poesía en el campus*,

- Universidad de Zaragoza, marzo de 2007, pp. 5-6.
- IGLESIAS SERNA, AMALIA: «Contemporáneos. J.A.G.-I.», *ABCD las artes y las letras*, 741, 2006, 16.
- LAW, CHRISTIAN: «Otoño olímpico», en González-Iglesias, J. A., *Olímpicas*, citado, 5-7.
- LE-VAGUERESSE, EMMANUEL: «Juan Antonio González-Iglesias: *Esto es mi cuerpo* (1997) ou les amis du corps», *Écritures du corps masculin. Poésie Espagnole Contemporaine*, Bordeaux, Université Michel de Montaigne, en prensa.
- LY, NADINE: «Corps parfait, corps exact: écrire le corps (L. A. de Villena et J. A. González Iglesias)», *Écritures du corps masculin. Poésie Espagnole Contemporaine*. Bordeaux, Université Michel de Montaigne, en prensa.
- MOLINA FOIX, VICENTE: «Atenas 2004. La otra mirada. La medalla normal». *El País*, 30-8-2004.
- PRIETO DE PAULA, ÁNGEL LUIS: «Eros es más», *El País. Babelia*, 29.12.2007, p. 8.
- RODRÍGUEZ MARCOS, JAVIER: «Ventanas al pasado. Los 10 libros del año», *El País. Babelia*. 29.12.2007, p. 5 [sobre *Eros es más*].
- SEGUROLA, SANTIAGO: «El poeta y Murofushi», *Marca* 28.8.2007, p. 38.
- SERRA, PEDRO: «Corpos em Letras», *Espacio/Espaço escrito*, 19-20, 2001, 139-148 [«Corpo&Libro», 143-147].
- VILLENA, LUIS ANTONIO DE: «Entre el gimnasio y la biblioteca», en *El País. Babelia*. 27.1.2007. p. 10.

(reproducido en González-Iglesias, J. A., *Poesía en el campus*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, marzo de 2007, pp. 9-10).
—: «Un poeta himnico», *El Mundo*, 16-10-2002, 53.

VII. SOBRE LAS TRADUCCIONES

BONILLA, JUAN: «El poeta más joven [Catulo]», *El Mundo*, 29.5.2006, p. 55.

CUENCA, LUIS ALBERTO: «Inmortal Catulo» *Mercurio* 83, 2006, 29.

COLINAS, ANTONIO: «Poesías Catulo», *El Cultural*, 08.06.2006.

JANÉS, CLARA: «Poemas de amor James Laughlin» *El Cultural*, 15.03.2007.

FRESÁN, JAVIER: «Catulo libre y claro», *Hesperya*, 6, 2008, 12-13.

VILLENA, LUIS ANTONIO DE: «Dorada sencillez de amor [James Laughlin]», *El País. Babelia*. 7.4.2007, 7.

ÍNDICE

PÁG.

Preludio para Juan Antonio González-Iglesias (A. G.)	5
Bajo el signo de Horacio	19
Selección de poemas	69
Olímpica primera. Nadador.....	71
Profecía de tu piel maravillosa	75
Déjame que te abrace, ahora que todavía.....	77
Los amigos del cuerpo	78
Elegía 2	82
No seré nunca un líder	83
Del lado del amor duerme mi cuerpo.....	85
La canción del verano suena más que la Eneida	87
Número 112 de una avenida nueva	88
Tú y yo/Los otros	89
Que vienen en su caso a ser crueles sinónimos	90
El río, al que lo ama desde el puente... ..	91
Autorretrato como asceta inconsciente	92
Unconventional epicureans	94
Acepto que belleza es la fulguración	95
Esta mañana soy tan amplio como el mundo	96
Less is more	97
Ay de los que proponen la vida como una operación incesante de conocimiento.....	98
Lanzador de martillo	99

Olímpica tercera.....	100
Exceso de vida	103
El Reino de Adriano	104
Demasiadas cosas	105
Octubre, mes sin dioses	106
Arte de traducir	107
Canción para pedir más carril bici	108
Palabras en Burdeos	110
Bibliografía de Juan Antonio González-Iglesias	111
I. Poesía	111
Libros	111
Cuadernillos.....	111
En Revistas	112
Antologías en las que está incluido	112
Traducciones de su poesía	113
II. Traducciones realizadas	113
III. Otros escritos	114
Libros	114
Artículos, prólogos y estudios sobre otros poetas y artistas	114
Entrevistas realizadas	118
Bibliografía sobre la poesía de Juan Antonio González-Iglesias ...	119
IV. Entrevistas a Juan Antonio González-Iglesias	119
V. Reseñas	120
VI. Otros artículos y estudios.....	120
VII. Sobre las traducciones	122

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[19]



Fundación Juan March